

DOÑA ISABEL LA CATÓLICA

Y

SANTA TERESA DE JESÚS

DOÑA ISABEL LA CATÓLICA

Y

SANTA TERESA DE JESÚS

PARALELO ENTRE UNA REINA Y UNA SANTA

CONFERENCIA DADA EL 18 DE ABRIL DE 1904, EN EL
CÍRCULO PATRONATO DE SAN LUIS GONZAGA

POR

D. ALEJANDRO PIDAL Y MON

MADRID

TIPOGRAFÍA DE LA «REVISTA DE ARCHIVOS»

Olózaga, 1.—Teléfono 3.185.

1913

SUMARIO

- Semejanza de Santa Teresa y doña Isabel en virtud, fortaleza, prudencia, ingenio y hermosura.
- La situación de España al advenimiento de doña Isabel se identificaba con la de una república federal.
- Energía de doña Isabel para impedir los enlaces matrimoniales fraguados contra sus inclinaciones.
- Boda de doña Isabel con don Fernando, y comienzo del reinado de ambos.
- Reconquista de la España de Enrique IV, precursora de la de Granada y del descubrimiento de las Indias Occidentales.
- Cuanto pesa el oficio de rey en la balanza de la felicidad de los pueblos.
- Efectos maravillosos de la presencia de la reina en los campamentos y recibimientos que se la tributaban.
- Situación de la religión al emprender Santa Teresa *la reforma*, base de la restauración de la Iglesia de la cristiandad.

Santa Teresa retratada por fray Juan de Misericordia y biografiada por fray Luis de León.

Las fundaciones de Santa Teresa son el ejército que vence al Poder de las tinieblas, impidiendo que éste impere. Resumen del paralelo entre una reina y una santa.

I

No se me oculta, señoras, que no ha de faltar quien tache de desacertado mi empeño de oponer para compararlas, exponiéndolas juntas á la luz del sol de las verdades eternas, dos almas que, prodigio de la Naturaleza, fueron tan perfeccionadas por la Gracia, que ni las injurias del tiempo, ni el denso polvo del olvido, ni la versatilidad de los criterios históricos, ni los bastardos intereses de las facciones políticas, han intentado siquiera deslustrar, ni aun empañar en lo más mínimo, de una manera digna de ser tomada en consideración, quedando igualmente entrambas erguidas entre el blasón de nuestros grandes recuerdos, como las dos glorias más puras de aquel inmarcesible trofeo que erigió en medio de la Historia el soberano genio español en el siglo de oro de su grandeza.

Porque si, de una parte parece ocio-

so repetir nada de tanto como se ha dicho, se dice, y forzosamente se dirá, de cada una de estas dos excelsas figuras, honor y gloria de su religión, de su Patria, de su época y de su sexo, por ser ya casi lugar en todo extremo común cuanto á su nombre pertenece, en todo el que no se precie de inculto, aparece por otra tan desigual, tan diferente y distinta, y tan opuesta en realidad la respectiva esfera de acción de cada una de estas dos hembras, que el que, fascinado á la vez por el esplendor inmortal que irradian ambas figuras, osa con mano audaz evocarlas de sus apartados sepulcros, para contemplarlas y admirarlas á la luz de sus inmortales aureolas, se asemeja á aquél que sobre el tapete oscuro de un joyero tomase entre sus manos inexpertas, para saborearlas unidas, una magnífica esmeralda y una soberbia perla oriental, queriendo hallar vanamente otra unidad que las ordene, fuera de su propia admiración, con pasar y repasar la vista mil veces del verde reflejo, hondo y sereno como el de la mar, de la esmeralda transparente, al nacarino esplendor del fúlgido oriente de la perla.

Pues ya estamos oyendo cómo argüir en el fondo de nuestra conciencia la objeción más fundamental á este intento de *Paralelo*.

“¿En qué pueden, ni deben parecer-

se, además, cosas tan fundamentalmente diversas como una *Reina* y una *Monja*?

”¿No sería hasta peligroso alguna vez, que se parecieran demasiado?”

”Las *virtudes públicas*, que requiere el grave *oficio de reinar*, ¿no difieren por su propia naturaleza de las *virtudes privadas*, que son como la peculiar esfera de acción de la oculta *vida religiosa*?”

”¿No podría ser tan perjudicial el *misticismo* en el *gobierno* como la *Majestad* en la *celda*?”

”No confundamos, pues, el *convento* con el *Palacio*, ni las *tocas* con la *Corona*, ni pidamos á la mano hecha á manejar blandamente la *pluma* ó las frágiles cuentas del *rosario*, las energías necesarias para empuñar con la debida firmeza el *Cetro* y esgrimir con valor y con esfuerzo la *Espada*.”

Precisamente el trovador más entusiasta de la reina doña Isabel, al saludarla por su advenimiento al Trono con un largo doctrinal de buen gobierno, la hace esta misma reflexión:

El rezar de los salterios,
El decir bien de las horas,
Dejad á las *oradoras*
Qu'están en los Monesterios;
Vos, señora, por *regir*
Vuestros pueblos é ríones,

Por facerlos *bien vivir*,

.....
Cá no vos demandarán
Cuenta de lo que rezáis.
Ni si vos disciplináys
No vos lo preguntarán;
De *justicia*, si fecistes,
Despojada de pasión,
Si los culpados *punistes*
O *malos ejemplos* distes,
De *esto* será la quistión.

Y, sin embargo, á pesar de estas como *apariencias de verdad* que ofrecen al superficial observador las cosas, vistas por alto solamente, en sus accidentales aspectos, en el fondo de una y de otra *condición*, de una y de otra *esfera*, de una y de otra *misión*, palpita una misma *virtud*, se levanta una misma *fuerza*, y se trasluce un mismo *fin*.

Distinguirlos y señalarlos será la tarea del pensador, no violentando los hechos, sino buscando en sus entrañas el alma que los engendra y explica, siguiendo el hilo conductor á través de las vueltas del laberinto, no dejándose impresionar por las particularidades externas, buscando siempre el nervio y el músculo de la acción, el tuétano de la osamenta, la idea, el sentimiento y la voluntad, que llevan á cabo la empresa, sin desdeñar

por eso la *flor* que haga brotar á su paso por sobre el césped, el pie de una ó de otra heroína, cuando dé testimonio con su fragancia de la identidad del aroma con que las perfumó el mismo pie, calzado con el borceguí real ó descalzo con la sandalia.

II

El primer esbozo escrito que he acertado á llegar á ver de este anhelado *Paralelo*, es debido al venerable Palafox.

En sus inapreciables comentarios á las célebres cartas de Santa Teresa de Jesús, se encuentran estas significativas palabras:

“Puédese advertir en esta carta, dice en el comentario á la *décima*, el estilo lacónico y breve con que en ella escribe, que admira, pues cada tres palabras parece que forman un período entero. Y es, que debía de estar ocupada y se ceñía al escribir, para ocuparse en obrar; en que se conoce, cuán señora era la Santa de la lengua castellana.

”Con esta ocasión, no puedo dejar de advertir, que habiendo leído yo algunas cartas de la Santa Reyna doña Isabel la Católica, gloriosa princesa y de las mayores que han visto los

siglos, he reparado, que se parecen muchísimo los estilos de esta gran Reyna y de la Santa, no sólo en la elocuencia y viveza en el decir, sino en el modo de concebir los discursos, en explicarlos, en las reflexas, en los reparos, en dejar una cosa, tomar otra, y volver á la primera sin desaliento, sino con grandísima gracia. Y porque puede ser que me haya engañado en esto, lea quien quisiere y examine este reparo en las dos cartas que se hallan de esta esclarecida Reyna, en la Cronica elegante de la Orden de San Geronimo, escrita por el reverendo y elocuente padre fray Josef de Sigüenza, y las escribió á aquel grande y espiritual prelado arzobispo de Granada, el ilustrísimo doctor fray Hernando de Talavera, de la misma Orden, su confesor, y podrá ser que aprueben mi dictamen; y son dignas de leerse y venerarse por muchas razones, y desearía que se imprimiesen al fin estas cartas.

"Yo confieso que cuando las leí, hará como seis años, hice concepto *de que eran tan parecidos estos dos naturales entendimientos y espíritus de la señora Reyna Católica y de Santa Teresa, que me pareció que si la Santa hubiera sido Reyna, fuera otra Católica doña Isabel, y si esta esclarecida princesa fuera religiosa (que bien lo*

fué en las virtudes) fuera otra Santa Teresa, y habiendo vuelto ahora á leerlas, por si me he engañado, me he confirmado en el mismo dictamen."

Como acabais de ver, el venerable Palafox dió en el blanco, y también debió dar en él, que el concienzudo investigador y analítico Clemencín, implacable contra toda inexactitud, incorrección y ligereza, lejos de tachar como tal audacia del Paralelo, lo cita y lo prohija, además, considerándole como muestra que nos legó el santo autor, "de mucha discreción y filosofía".

Y si esto halló Clemencín con haber escrito el *Elogio de la Reina doña Isabel* por encargo de la Academia, yo estoy seguro de que oí, y aun de que leí en alguna parte de tantas en que escribió el Clemencín de Santa Teresa, ó sea don Vicente la Fuente, la misma confirmación del aserto del venerable obispo de Osma y de la Puebla de los Angeles.

Por lo que bien puedo concluir, que es negocio fallado por ambas partes en sus fundamentos personales, quedando sólo para aquel que trate de puntualizarlo, exhibir los puntos concordantes y semejantes que presenten ambas figuras, y nada me parece más propio para el liberísimo examen que podemos hacer esta tarde, que recon-

centrándonos un poco y absteniéndonos de los ruidos, como de calle, de la sociedad que nos rodea, evoquemos en nuestra mente, como en el *cinematógrafo* de nuestra imaginación ó en la *cámara oscura* de nuestra fantasía, las dos simpáticas siluetas de la Reina y de la Santa á su vez; la una, con su apacible dulzura y con su severa majestad; la otra, con su alegre virtud y con su humilde llaneza; andando la una por la tierra, subiendo la otra hacia el cielo, sin que la primera al andar deje por eso de subir, y sin que la segunda al subir esquive por lo mismo el andar por entre las miserias del suelo, que son como todas sabeis, holladas con caridad, como los peldaños de la gloria.

III

La figura de doña Isabel se determina y concreta en las líneas precisas, claras y netas, de un contorno sin vaguedad. Lo mismo cuando niña, en Arévalo, templó su espíritu en las soledades del desamparo y del abandono, al lado de su madre doliente de alma y de cuerpo, en compañía de su hermano menor don Alfonso, lejos del fausto y de los placeres, y con la adversidad por maestra, que á los diez

años en Palacio, en medio de la disipación y los vicios de la disoluta corte de Enrique IV; apartada en Segovia, en medio de las disensiones civiles; sepultada en Avila, entre los rigores del Monasterio; en el empeño de sus disputadas bodas en Valladolid; al frente de su campo volante en Burgos; en la fortaleza reconquistada de Toro; en Zamora, en medio de las negociaciones; en Segovia, en medio de las revueltas; en Córdoba, en Extremadura y en Sevilla, en medio de los bandos y disensiones de las parcialidades enconadas; en Toledo, en el seno de las Cortes; en los campamentos de Moclin, de Málaga, de Baza, de Guadix, de Almería y de Granada, al frente de las aguerridas huestes españolas; en los consejos de Colón, sobre el descubrimiento de las Indias Occidentales; con el Gran Capitán, sobre las guerras en Italia; con Cisneros, sobre la reforma religiosa; con Montalvo, sobre las Ordenanzas; con Nebrija, sobre las letras; con Mendoza, sobre el imperio de la ley y sobre el reinado de la paz; con fray Hernando de Talavera, sobre su conciencia y su vida; y, finalmente, con su marido el gran rey, sobre la unidad religiosa, política y civil, de sus reinos unificados en la gran nación española, siempre aparece la misma mujer, con la mirada en lo alto, con la

conciencia en el deber, con el corazón tras la conciencia, con la prudencia en la deliberación y el consejo, con la firmeza en el querer, con la resolución en el obrar, y con la constancia en mantener lo resuelto. Diríase que era como la acorde personificación, en una soberana unidad, de la fe que transporta los montes con la serenidad que los ve oscilar sin inmutarse, y con la voluntad incontrastable y firmísima, sin vacilaciones ni desmayos, que no reposa jamás, ni aun sobre los montes transportados, hasta conseguir lo propuesto ó dejarlo en camino de realizarse al fenecer de la vida.

Sólo con un carácter así se pueden comprender los éxitos en todos los ódenes de la existencia que logró alcanzar esta mujer para hacer de una triste y confusa *Behetria*, como era la España de Enrique IV, la nación más gloriosa del mundo, como lo fué en el siglo XVI la España de Carlos V.

† Conoceis el estado de la nación al advenimiento de Isabel. Parecía una República federal de esas que nos ofrecen ahora como un paraíso de delicias. Era el imperio de la discordia sembrando de ruinas la Patria. Era la primitiva barbarie, demoliendo la civilización con el martillo de la anarquía. Era el tremendo caos social en que, por la debilidad del Poder, se pa-

decían á una todos los males del despotismo, sin ninguna de las relativas ventajas que en medio de su desolación puede ofrecer hasta la misma tiranía, cuando es única y ordenada.

¿A qué repetir nuevamente los conocidos lamentos de cronistas é historiadores? ¿Habrá quien no recuerde ya aquí, las quejas y representaciones de los embajadores de Borgoña sobre el imposible estado social de las costumbres en Castilla? ¿Ni la carta de Hernando del Pulgar á don Francisco de Toledo “sobre las muertes, los robos, las quemias, injurias, asonadas, desafíos, fuerzas, juntamientos de gentes que cada día se facen *abundantemente* en diversas partes del reyno?” ¿Ni el tremendo memorial de agravios de la nobleza juramentada en Burgos de que nos da cuenta Palencia? ¿Ni los lamentos populares en las coplas de la *Panadera*, del *Provincial* y de *Mingo Revulgo*? ¿Ni el escandaloso *Auto de Avila*, en que se llevó á cabo la pública y solemne degradación del triste y miserable monarca, personificado, para mayor irrisión, en un monigote de palo?

Con razón hubo de decir el canónigo Ortiz de Toledo al recibir en nombre de su Cabildo á los Reyes Católicos cuando pasaban á Barcelona: “Recebistes de la mano del muy alto

Dios el ceptro real en tiempos tan turbados, cuando con peligrosas tempestades todo España se subvertía, cuando más el ardor de las guerras civiles era encendido, cuando ya los derechos de la República acostados iban en total perdición. No había ya lugar su reparo. No había quien sin peligro de su vida sus propios bienes é sin miedo poseyese; todos estaban los estados en afición, é con justo temor en las cibdades recojidos; los escondrijos de los campos con ladronicios, manaban sangre. No se acecalaban las armas de los nuestros para la defensa de los límites cristianos, mas para que las entrañas de nuestra Patria nuestro cruel fierro penetrase.

El enemigo doméstico, sediento, bebía la sangre de los cibdadanos: el mayor en fuerza é más ingenioso para engañar era ya más temido é alabado entre los nuestros; y así estaban todas las cosas fuera del traste de la justicia, confusas é sin ninguna tranquilidad turbadas... ¿Pues á quién eran seguros los caminos públicos? A pocos por cierto: de los arados se llevaban sin defensa las yuntas de los bueyes; las cibdades é villas por los mayores ocupadas, ¿quién las podrá contar? Ya la majestad venerable de las leyes había cubierto su faz; ya la fe del Reyno era caída.”

¿ A qué detenernos á contemplar un reino hecho pedazos por los suyos; un árido y devastado erial hecho perpetuo campo de batalla; un pueblo desangrándose si cesar por las heridas que se abre su propia mano; una nobleza consagrada á hacerse guerra sin cuartel arrojándose las cabezas de sus vasallos; una disolución de costumbres sin ejemplar en aquel permanente campamento, y en medio de todo, un rey que parecía ocupar el trono con el solo objeto de servir de blanco á la irrisión y al escarnio de los enemigos de la Púrpura. x

¿ Recordais el vergonzoso espectáculo que ofrecía en los tristes días de la República el perturbado suelo español con la guerra civil, los cantones, la guerra colonial, las atrocidades de Alcoy y las piraterías de Cartagena, como muestra irrecusable y elocuente de lo que sería España sin rey?; pues exactamente lo mismo fuera de la natural diferencia que impone por necesidad la distancia del siglo XV al XIX, fué lo que entonces se presenció: “Ya vuestra merced sabe, escribía un testigo presencial de tan lamentables sucesos, que el duque de Medina con el marqués de Cádiz, el conde de Cabra con don Alfonso de Aguilar tienen cargo de destruir toda aquella tierra de Andalucía, é meter

moros cuando alguna parte de aque-
 stas se viere en aprieto. Estos siempre
 tienen entre sí las discordias vivas é
 crudas, é crecen con muertes é con
 robos que se facen unos á otros cada
 día. Agora tienen tregua por tres me-
 ses, porque diesen lugar al sembrar,
 que se asolaba toda la tierra... por la
 guerra que no daba lugar á la labran-
 za del campo... Del reino de Murcia,
 os puedo bien jurar, señor, que tan
 ajeno lo reputamos, ya de nuestra Na-
 turaleza como el reino de Navarra;
 porque carta, mensajero, procurador
 ni cuestor, ni viene de allá ni va de
 acá más de cinco años. La provincia
 de León tiene cargo de destruir el
 Clavero que se llama Maestre de Al-
 cántara, con algunos alcaides é pa-
 rientes que quedaron sucesores en la
 enemistad del Maestre muerto. El Cla-
 vero *siva* Maestre, siempre duerme
 con la lanza en la mano, veces con
 cient lanzas, veces con seiscientas. El
 señor Maestre Santiago ayuda á la
 otra parte... baste saver á vuesta mer-
 ced que aquella tierra está toda llena
 de gente de armas para saber como le
 debe ir. Deste nuestro Reino de To-
 ledo tienen cargo Pedrarias, el Maris-
 cal Fernando, Cristoval Bermudez,
 Vasco de Contreras. Levántanse ago-
 ra otros mayores *scilicet*, el conde de
 Fuensalida, conde de Cifuentes, don:

Juan de Ribera, Lope Ortiz de Stúñiga, Diego Lopez de Haro, fijo de don Juan de Haro, desposado con la fija del conde Fuensalida, la que habia de ser condesa de Cifuentes. Estos facen guerra porque los dejen entrar en sus casas: si entran, como son de mala yácija nunca estarán quietos dentro; si no entran, nunca estarán quedos fuera con deseo de entrar. Si entrar en algunos que se trata que entren, los que quedaren fuera de necesario bullecerán por entrar: de manera que no sé por qué pecados aquella noble cibdad rescibiese tan grandes, y espera recibir mayores puniciones. ¿Qué diré, pues, señor, del cuerpo de aquella noble cibdad de Toledo, alcázar de emperadores, donde grandes y menores todos viven una vida bien triste por cierto é desventurada? Levantose el pueblo con don Juan de Morales é prior de Aroche, y echaron fuera al conde de Fuensalida é a sus fijos, é á Diego de Ribera que tenía el alcázar é a todos los del señor Maestre. Los de fuera echados han fecho guerra á la cibdad, la cibdad tambien á los de fuera: é como aquellos cibdadanos son grandes inquisidores de la fe, dad que heregias fallaron en los bienes de los labradores de Fuensalida, que todo lo robaron é quemaron, é robaron á Guadamur é otros lugares.

Los de fuera, con este mismo celo de la fe, quemaron muchas casas de Burguillos, é hicieron tanta guerra á los de dentro, que llegó á valer en Toledo solo el cocer de un pan un maravedí por falta de leña. El Rei es ido allá, é hizo ir con él al conde de Saldaña, porque los unos é los otros se ponen en su mano. Plega á Dios que yo sea incierto adevino, porque creo que no podrá sentenciar el conde; é si sentenciare, no se obedecerá, é si se obedeciere, no se cumplirá: é cumplido, no durará, ni la razón da posibilidad para ello. El que mas en esto á mi ver ha perdido es el señor conde de Fuensalida, no tanto de sus rentas é bienes que le han quemado é tomado, aunque es asaz, quanto de la autoridad que por el oficio é por su persona tenia en aquella su naturaleza. Esto digo porque la cosa va tan rota contra él, que fué por la cibdad llamado Alfonso Carrillo, al cual entregaron la vara del oficio de la Alcaldia mayor. El suceso que habrá no lo sé; pero hoi dia la tiene en haz del Rei, que está en la cibdad como tratante entre ellos. Medina, Valladolid, Toro, Zamora, Salamanca y eso por ahi está debajo de la cobdicia del Alcaide de Castronuño.

”Háse levantado contra él el señor duque de Alba para lo cercar; y no creo que podrá por la ruín disposición

del reino, é también porque aquel alcaide está ya criado gusano del Rei don Alfonso, tan grueso, que allega cada vez que quiere quinientas ó seiscientas lanzas. Andan agora en tratos con él, porque dé seguridad para que no robe ni mate.

”En Campos, naturales son las asonadas, é no mengua nada su costumbre por la indisposición del Reino. Las guerras de Galicia de que nos solíamos espeluznar, ya las reputamos serviles é tolerables, *immo* lícitas. El condestable, el conde de Triviño con esos caballeros de las montañas, se trabajan asaz por asolar toda aquella tierra fasta Fuenterrabía.

”Creo que salgan con ello, según la priesa que le dan. *No hai más Castilla; si no más guerras habría.* Los del Consejo *squalidi*, contadores *gementes*, secretarios *querentes*. Hemos dejado ya de facer alguna imágen de provisión, porque ni se obedesce, ni se cumple, y contamos las roturas é casos que acaescen en nuestra Castilla, como si acaesciesen en Boloña ó en Reinos do nuestra jurisdicción no alcanzase. E porque más brevemente vuestra merced lo comprehenda, certificoos, señor, que nodría bien afirmar, que los jueces no ahorcan hoi un hombre por justicia por ningún crimen que cometa en toda Castilla, habiendo en ella asaz que lo

merescen, como quier que algunos se ahorcan por injusticia. Dígolo, porque poco ha que Juan de Ulloa, en Toro, envió á las casas del licenciado de Valdivieso é de Juan de Villalpando, é los ahorcó de sus puertas. Estos eran de los más principales de la cibdad: todos los otros caballeros de Toro, sabido esto, con sus parciales é allegados fueron, é desampararon la cibdad; é Juan de Ulloa é los suyos entraron las casas é robáronlas. Yo vos certifico, señor, que no acabe aquí esta letanía, asique, señor, si Dios miraculóse no quisiese reedificar este templo tan destruído, no os ponga nadie esperanza de remedio, sino de mucho peor *in dies*.

”Los procuradores del Reino, que fueron llamados tres años ha gastados é cansados ya de andar acá tanto tiempo, más por alguna reformation de sus haciendas que por conservación de sus consciencias, otorgaron pedido é monedas; el qual, bien repartido por caballeros é tiranos que se lo coman, bien se hallará de ciento é tantos cuentos uno sólo que se pudiese haber para la despensa del Rei. Puedo bien certificar á vuestra merced, que estos procuradores muchas é muchas veces se trabajaron en entender é dar orden en alguna reformation del Reino, é por esto hicieron juntas generales dos ó tres veces: é mirad quan crudo está

aun este humor é quan rebelde, que nunca hallaron medicina para le curar; de manera que desesperados ya de remedio, se han dejado de ello. Los perlados eso mismo acordaron de se juntar para remediar algunas tiranías que se entran su poco á poco en la iglesia, resultantes destotro temporal, é para esto el señor Arzobispo de Toledo é otros algunos Obispos se han juntado en Aranda. Menos se presume que aprovechará esto; porque he miedo...

"El señor maestre se casa agora; casado, acuérdase que se junten aquí en Madrid él y el Cardenal con algunos procuradores, para dar orden en alguna paz é gobernación del Reino, poniendo algunos perlados y caballeros que gobiernen por tiempo...porque sobre el cómo sobre el quién.... como dice Tulio: y esto *porque falta el oficio del Rei, que lo había todo de mandar sólo*. Muerto el Arzobispo de Sevilla, todos sus bienes é la mota de Medina quedó á Fonseca, su sobrino. Aquella villa, viéndose opresa de aquella mota, acordaron de la derribar, é para esto tomaron por ayudador al alcaide de Castronuño, el qual, con los de la villa, é los de la villa con él, la tienen ya en algún aprieto con propósito de la derribar, é aun daban alguna suma por ello. El Fonseca, viéndose á sí é á su mota el algún estrecho,

trató con la villa que le diesen alguna equivalencia, é les daría la mota para la derrocar, é para esto que llamasen al señor duque de Alba, porque el duque la tuviese en las manos fasta que la villa cumpliese la equivalencia que al Fonseca había de ser dada: y esto todo se trató sin lo saber el alcaide de Castronuño que la tenía cercada. El factum est sic. Vino el duque de Alba con gente, y entró por una puerta de Medina y el alcaide se fué por otra é alzó el cerco, é tomó el duque la mota en sí: unos dicen que para la derribar como la villa lo desea; otros que para la tornar á Fonseca como él lo querría. Yo, señor, veo que se la tiene el duque. No dude vuestra merced que la envidia ha fecho su oficio aquí, de tal manera, que algunos favorecen de secreto al alcaide, para que el señor duque de Alba tenga que entender con él algún rato. Vedes aquí las nuevas de hasta agora: si más quisieredes, por la muestra destas sacaréis las otras.”

¿No os parece, trocados los apellidos nobiliarios en patronímicos plebeyos que estamos leyendo un periódico del año 73, y que en la Edad Media, como ahora *si más Castilla hubiere, más guerras habría...*, y esto *porque faltaba el oficio del Rey que lo había de mandar solo?*

+ Pues en medio de esta anarquía so-

cial, presidida por el vergonzoso espectáculo de una corte en disolución, sin más porvenir que la *Beltraneja*, apareció doña Isabel. El cielo la colmó con sus dones, al decir de sus contemporáneos, y la desgracia, después de depurarlos sobre su yunque y de templarlos en sus fraguas, los embelleció con sus esmaltes. “Esta Cristianísima Reina, dice el respetable autor del *Caro de las donas*, era de mediana estatura, bien compuesta en su persona y en la perfección de sus miembros, era muy blanca, y rubia, los ojos entre verdes y azules, el mirar muy gracioso y honesto, las facciones del rostro bien puestas, la cara toda muy hermosa y alegre, de una alegría honesta y muy mesurada.

Una gravedad escunbrada en la contención y movimiento de su cuerpo: muy templada con mesura: no bebía vino: muy recatada y mirada todo el tiempo de su vida, así doncella como casada.

“Fue mujer hermosa, escribía el famoso cura de los Palacios, Bernáldez, de muy gentil cuerpo é gesto é composición, muy celosa del pro é bien de estos reinos é de la justicia é gobernanación de ellos: soberana en el mandar, muy liberal, en su justicia justa, en el juicio siempre proveída, de muy alto consejo sin el cual no se movia,

amiga de su casa, reparadora de sus criados, criadas e doncellas, mui concertada en sus fechos, celosa de su casa: dió de si muy gran ejemplo de buena casada, que durante el tiempo de su matrimonio é reinar, nunca uvo otros privados en quien pusiera el amor, sino ella del Rei y el Rei de ella... Fue mujer mui esforzadisima, mui poderosa, prudentisima, sabia, honestisima, casta, devota, discreta, cristianisima verdadera: clara sin engaño, mui buena casada, leal é verdadera, sujeta a su marido, mui amiga de buenos ansi religiosos como seglares, limosnera,, edificadora de templos, monasterios, iglesias; fue mui feroz enemiga de los malos é de las malas mujeres.”

Gonzalo Fernández de Oviedo, escribe en sus *Quincuajenas*, “que las excelencias de la reina Isabel, eran tales, que por poco que diga de ellas, será mucho comparada con todas las otras reinas..., pues aunque se junten todas quedarán muy atrás cotejadas con esta cristianísima reina nuestra. A la cual en devoción, las muy religiosas, las daba ventaja y á todas sobrepujaba. En hermosura, puestas delante de su alteza, todas las mujeres que yo he visto, ninguna vi tan graciosa, ni tanto de ver como su persona, ni de tal manera é sanotidad ho-

nestísima. Verla hablar era cosa divina, el valor de sus palabras é con tanto é tan alto peso é medida que ni decía menos ni mas de lo que hacia al caso de los negocios é á la calidad de la materia de que se tractaba... Se yo muy bien é como testigo de vista, que de su muerte, que fué en Medina del Campo..., á ningun malo en toda España le pesó ni á ningun bueno le plugo ni dejó de llorarla.

”Cuanto toca á la estatura del cuerpo y hermosa composición de sus miembros y su persona, escribe Lucio Marineo Sículo, todo lo que había en el rey de dignidad se hallaba en la reina de graciosa hermosura, y en entrambos se mostraba una majestad venerable, aunque á juicio de muchos la reina era de mayor hermosura, de ingenio más vivo, de corazón más grande y de mayor gravedad”.

No nos es posible seguir aduciendo pedazos de testimonios, aunque destrocemos al mutilarlas hermosas páginas de nuestra historia. Baste deciros lo que ya de sobra sabeis, que desde los escritores, con Pedro Martín de Angleria, hasta los embajadores venecianos, con Andrés Naugero; desde prelados elevados ya casi á los altares, como el venerable Palafox, hasta poetas como el célebre Juan de la Encina, todos, absolutamente todos los

escritores, tanto coetáneos como posteriores, tanto naturales como extranjeros que se han ocupado en los anales de esta reina, la han sublimado al empero de su admiración, tan entusiasta como respetuosa, labrando unánimes así la esbelta y gallarda estatua llena de apostura y majestad, que había de coronar el pedestal soberbio de sus obras, en que se exhibe á nuestro aplauso y veneración la más eficaz de todas sus causas.

X Porque Isable la Católica, como todos recordareis, supo aunar con discreción y con tino, con prudencia y energía á la vez, la lealtad debida á su hermano como rey, con la lealtad debida á su Patria y á sus vasallos como heredera del Trono; y si supo rehusar con dignidad la Corona que le ofrecían los revoltosos, supo reclamarla con perseverancia cuando se la pretendían usurpar los validos, y en toda aquella campaña sin tregua para la deslealtad y sin cuartel para la justicia, en que se decidía la ruina ó la salvación de Castilla, el episodio más conmovedor, como el que mejor pone de relieve el carácter propio de doña Isabel es su boda con don Fernando. *

Ya sabeis que éste fué el primer novio que la concertaron los padres de ambos cónyuges cuando tenía seis años la novia y cinco el novio. Pero las vi-

cisitudes de la política les llevaron á concertarla, á eso de los once años, otra boda con el desventurado príncipe de Viana. Muerto á manos de un tósigo, según todas las apariencias, volvieron á tratar de casarla con don Fernando. Descompusiéronse de nuevo los proyectados enlaces, y trataron de casarla con el rey viudo de Portugal. Pero ya tenía entonces trece años doña Isabel, y supo oponer con entereza á su hermano y al mismo rey de Portugal que le apremiaba con instancias para llevar á cabo el casamiento, que, “según las leyes de estos reinos, no lo podía hacer sin el Consejo de los Grandes”, y quedó aplazado, cuando no desbaratado el proyecto. *

Surgió en esto la malvada ambición del advenedizo portugués elevado al marquesado de Villena, por haber sido doncel del rey de Castilla, Enrique IV, y de quien siguió siendo valido, y que en el indigno juego que se traía de adulaciones y deslealtades, acarició la idea de casar á doña Isabel con su digno hermano don Pedro, maestre de Calatrava, para hacerse rey de Castilla. “La intriga pudo llegar tan adelante, que la princesa doña Isabel, dice Palencia, al saber la próxima venida del maestre, estuvo un día y una noche sin comer ni dormir, en mui devota contemplación, supli-

cando á nuestro Señor humildemente que le pluguiese de una de dos cosas, hacer matar á ella ó á él, porque este casamiento no hubiese efecto". El maestro, aquejado con prisas por el rey, montó á caballo y "partió luego de Almagro, nos dice Enrique del Castillo, con grand poder, así de gente como de dinero"; pero acometido súbitamente en el camino de una dolencia inesperada, murió arrebatadamente en Villarrubia á los cuarenta y tres años de edad, blasfemando, según cuenta Palencia, porque no le otorgaba Dios cuarenta días más de vida, que debían ser los precisos para arrancar por la violencia y la astucia la mano primero, y la corona después, á la desdichada Isabel y al menguado rey de Castilla.

✓ Cuando una cosa está de Dios, los obstáculos que se empeñan en amontonar los hombres se suelen disipar por sí solos. Así se disipó también el enlace proyectado por el ambicioso Villena de su hija doña Beatriz con don Fernando de Aragón, pues, como asegura Clemencín, no habiendo podido hacer rey de Castilla á su hermano, quería hacer reina de Aragón á su hija. La muerte del infante rey don Alonso y la famosa concordia de los toros de Guisando, que tanto acercaban el cetro de la mano de doña Isabel, le suscitaron varios pretendientes. El rey de Francia la ne-

día para su hermano y heredero el duque de Berri; el rey de Portugal para él, y el rey de Inglaterra para uno de sus feroces y sanguinarios hermanos.

Don Enrique, ó mejor, su valido el intrigante Villena, sospechoso ya del envenenamiento del infante rey don Alonso, según se cuenta, en una *trucha*, hizo todo cuanto pudo hacer para que doña Isabel se casara con el viejo rey de Portugal, y, sobre todo, para evitar que se tratara otra vez de la boda con don Fernando, y causan grima y pavor las artes que se pusieron en juego para arrancar por la violencia á doña Isabel el consentimiento á tan desigual matrimonio.

Pero á bien que tenía que haberse las con quien no se dormía en las pajas, é Isabel, siempre aficionada á Fernando, afición acrecentada, á lo que se ve, con las noticias secretas que de todos sus pretendientes se había procurado, y en las que llevaba física y moralmente enorme y reconocida ventaja el príncipe heredero de Aragón, rey de Sicilia ya por entonces, concertó la boda de por sí, entre los mayores peligros por parte de los partidarios del rey y los mayores desmayos por parte de casi todos sus valedores.

Por entre todo género de riesgos y de cuidados, en medio del desaliento

universal y del abandono y la deserción de los parciales más valiosos, atravesó las bien guardadas y defendidas fronteras el animoso príncipe don Fernando, disfrazado de *Mozo de Mulas*, corriendo una de las aventuras amorosas á la par que políticas, más novelescas y dramáticas que suele ofrecernos la Historia en sus pintorescos anales. Por fin, y después de algunos episodios en que estuvo á punto de perecer, uno de ellos por malas inteligencias de un centinela de las puertas de la muralla del Burgo de Osma, que hubo de descalabrarle con una piedra, se avistaron en Valladolid los dos novios. Entonces fué cuando, entrando por un postigo que daba al campo, en la casa de don Juan de Vivero, donde moraba la princesa, é introducido en su habitación por el arzobispo de Toledo, Gutiérrez de Cárdenas, que le acompañaba, señalando al príncipe con el dedo, la dijo repetidamente: “Ese es”, de donde quedaron las S S en el escudo de sus armas. La boda se verificó pública y solemnemente á los pocos días, y celebradas y consumadas con ostentación manifiesta, fueron vanas cuantas tramas y cuantas violencias idearon urdir la astucia y la ambición bastarda de los enemigos de doña Isabel, y el indolente y apocado Enrique, que, se-

gún su tradicional costumbre, se había prestado á las más ásperas y terribles, acabó por reconciliarse con su hermana, vencido por su tesón, por su habilidad y prudencia y la justicia de su causa, secundadas por la famosa amiga de doña Isabel, la célebre marquesa de Moya, que, según cuentan, fué disfrazada de *aldecana* y caballera en un *asno*, la que sirvió de intermediario entre los dos enemistados hermanos, tan vigilados por aquellos interesados en su discordia. Oficio fué este de la marquesa que confirma bien la opinión del sino de su gran amistad, contraída desde su niñez, y de que dió pruebas, acompañándola á todas partes, ofreciéndose á matar por su propia mano al maestro de Calatrava, cuando quiso violentamente apoderarse de la mano de doña Isabel, y siendo herida en vez suya cuando la tomó por la reina el moro asesino de Málaga.

Muerto Enrique, y apenas encumbrada Isabel al solio de sus mayores, empezó para su valor la campaña de la restauración más cumplida de su necesaria grandeza.

* La primera batalla tuvo que darla á su corazón, sosteniendo con su propio esposo don Fernando una delicada contienda sobre la preeminencia en el Gobierno de cada uno de los cónyuges. La discreción y la suave y paternal

firmeza de la reina pudieron más que el orgullo y la pertinacia del rey, y del acabado concierto de paz, de armonía y de concordia que se estableció entre ambos esposos, nació aquella célebre sentencia que todavía se aplica como proverbio vulgar á las cosas que son iguales entre el común de las gentes: *Tanto monta, Monta tanto, Isabel como Fernando.**

* Vencida ya esta dificultad, que hubiera podido ser madre de muchas, y todas gravísimas ciertamente, surgió la guerra con Portugal por despiques del rey burlado, aliado con los franceses, y mientras el rey Fernando hacía frente al enemigo, la reina doña Isabel organizaba la resistencia, acopiaba víveres y soldados, se granjeaba parciales, suscitaba alteraciones á sus contrarios, y revistiendo el arnés al frente de un campo volante, esgrimía la espada como pudiera hacerlo el más esforzado capitán, y picada la retaguardia del ejército invasor, cortados oportunamente sus víveres, le obligaba á declararse en retirada, cogiendo como fruto de su victoria, ella misma, las llaves de la fortaleza de Burgos

También ella misma, en persona, recibió la fortaleza de Toro, plaza clave de aquella guerra, y cuando en el resto de la campaña, aterrados sus adalides por los peligros crecientes de

tan penosa jornada, porfiaban que se apartase y les dejase luchar solos. Isabel les replicaba, asombrándolos:

“No soy venida a huir peligros ni trabajos... sino a ver el cabo de la guerra... y la paz.”

La destrucción de los bandos de Extremadura y de Córdoba; el apaciguamiento de Segovia; la tranquilidad de Sevilla; la creación de la Santa Hermandad; las Cortes celebradas en Toledo; la renuncia arrancada á la nobleza por la persuasión y por la dulzura de los abusivos privilegios arrebatados con daño general del país á las debilidades de la Corona: las indemnizaciones por los perjuicios de las guerras; la organización de los Tribunales; la reforma y mejoramiento de las leyes; la reforma y la restauración de la disciplina claustral; la preparación de un Concordato; la incorporación á la Corona de los Maestrazgos de las Ordenes militares; la abolición de los privilegios rodados; la prohibición de construir fortalezas; la educación y el servicio de los hijos de los próceres en Palacio; la organización de la fuerza pública: las Ordenanzas de las ciudades y de los gremios; la formación de Consejos y de Tribunales superiores; la igualdad de pesas y medidas; los encabezamientos para el pago de contribuciones; la

construcción de puentes y caminos; la supresión de portazgos, de aduanas interiores y de gabelas arbitrarias; el establecimiento de contrastes, las pragmáticas favorables á la agricultura y á la cría de caballos, á las industrias y al comercio y á la Marina mercante; la jurisdicción concedida á los Consulados; el cultivo y los adelantos de las ciencias y de las letras; el renacimiento de las artes; los ventajosos enlaces de los príncipes de la sangre con las familias de los monarcas más poderosos y más convenientes para el Estado; el orden material y moral en el reino; la paz pública en la nación; la seguridad en los caminos; lo que llamaríamos hoy el *saneamiento de la moneda*, todo, en suma, cuanto se agita, aunque no se resuelva jamás, hoy, en gran número de ministerios y en no menor número de legislaturas, lo llevó á cabo Isabel casi por su propia persona, asesorada, claro está, de escogidos y de acertados consejeros, y secundada por el genio político y militar de su esposo el rey de Aragón, uno de los monarcas más grandes que ha registrado la Historia; pero por su inspiración en el pensamiento, por su dirección en las negociaciones, por su vigilancia en el cumplimiento y por su intervención personal en las múltiples dificultades que reformas de tal

transcendencia tenían que suscitar en el reino, y aun fuera de él, como término de abusos seculares en que tan interesados estaban todos los enemigos del bien común y amigos de sus bienes particulares.

No una conferencia, ni un libro de muchos tomos en folio bastaría para detallar la labor ímproba é interminable de las reformas de esta reina en todos los órdenes, religioso, moral, jurídico, civil, político, militar, económico, artístico y literario, que sólo pueden explicar aquella súbita *empinación, triunfo é honrra é prosperidad* que el testigo de vista, cura de los Palacios, afirma que tuvo entonces España, y que hasta entonces no había tenido jamás. Y todo á los pocos años del reinado de su propio hermano, de quien se pudo y se llegó á decir con razón que por las exorbitantes mercedes en juros y en vasallos, por los escandalosos privilegios de batir moneda á puñados, por los albalaes y firmas en blanco con que enajenaba los pueblos y las fincas de la Corona, había quedado en ser *Rey únicamente de los caminos*.

Y aun eso en cuanto á su apariencia legal, que en cuanto á su uso y gobierno ya hemos visto quién era su verdadero señor. ¡ Tanto pesa el *oficio de Rey* en la balanza de la felicidad de

los pueblos! y si el reinado de Enrique IV demuestra lo que fué España sin monarca, el reinado de doña Isabel demuestra hasta dónde pudo llegar España con un monarca de verdad que practicaba á conciencia su oficio.

Parecía que todo estaba ya consumado ó en vías de consumación, y que nada más cabía hacer en medio de tanto trabajo, y que todo convidaba á echarse, como quien dice, á dormir sobre los adquiridos laureles.

Y, sin embargo, para el genio de doña Isabel aún quedaba por coronar su obra de reconquista, y su alma inquieta por los estímulos del deber y por los imperativos de su conciencia, soñaba constantemente con un reino y una ciudad: el reino y la ciudad de Granada.

¡Quién no conoce esta Epopeya!
¡Quién necesita en España ni que el historiador se la cuente ni que el poeta se la cante! ¡Quién no tiene, con sólo cerrar los ojos, la clara y espléndida visión de aquella poética campaña en que bajo la aparición radiante de Isabel como la Deidad de la Caballería Cristiana como el Numen de la Majestad en el Trono, como el Angel tutelar de los destinos de la Patria, los rudos y los sangrientos banderizos, encarnizados en las civiles discordias, se truecan como de repente en caballeros

y paladines, tan galantes y tan generosos como los héroes mitológicos y legendarios de los Poemas caballerescos más refinados del Renacimiento y la Edad Media! ¡Quién, que tenga el alma legítimamente española, no siente correr el frío precursor de la indignación con la sorpresa de Zara! ¡Quién no se inunda de placer con la revancha de Alhama! ¡Quién no llora con la rota de la Ajarquia! ¡Quién no siente golpear hasta romperse el corazón con las victorias de la Lopera y del Arroyo de Martín González! ¡Quién no se estremece de orgullo, de admiración y de terror bajo los laureles de la Zubia! ¡Qué cabeza no se doblega de asombro ante los muros de *Santa Fe*! ¡Qué ojos no se nublan con el llanto de la alegría y la felicidad ante la capitulación de Granada! ¡Qué rodilla no se dobla y no se postra en el polvo para saludar con efusión la santa Cruz de Pelayo, clavada por la constancia de Isabel sobre las torres de la Alhambra!

Renuncio á continuar evocando las visiones fantásticas hasta no más, de aquel idilio de gloria, en que hasta la sangre parece que pierde todo su horror al derramarse en el campo, como si fuera tan sólo la púrpura del honor, el esmalte de la gallardía y la alfombra del teatro de tanta hazaña!

No quiero hablar ni del triunfo del *Ave María*, ni de las *hazañas* de Pulgar, ni de las emboscadas de Gonzalo de Córdoba, ni de las escaladas del marqués de Cádiz, ni de los hechos de armas de don Alfonso de Aguilar, del maestre de Calatrava, del conde de Cabra y del alcaide de los Donceles, ni de las proezas del capitán Alarcón, de Ramírez de Madrid, de Fajardo, de Portocarrero y de Villena, ni de las arremetidas del Noble inglés, armado de punta en blanco como los guerreros de la Edad Feudal, ni de las peligrosas aventuras del propio rey don Fernando, arrojando su lanza y pugnando por desenvainar su espada, con grave riesgo de su vida, en los campos atrincherados de Vélez Málaga, donde se debió á su solo personal esfuerzo librar á toda su hueste del oprobio de una derrota.

Ni quiero mencionar los asaltos, ni las algaras, ni los escaladores, ni los espías, ni las atalayas, ni los adalides, ni la lombardas, ni las acémilas, ni los víveres, ni nada de todo cuanto fué menester acopiar, reunir organizar y llevar á cabo en los diez años que duró aquella empresa, idéntica en duración, como dice un historiador, á la famosa guerra de Troya, pero superior en hazañas y en héroes para darlas glorioso fin, como se las dió al fin y

al cabo con la conquista de aquella codiciada ciudad, encerrada como en un vergel en aquella espléndida vega, dentro de un territorio feraz como el paraíso perdido, y guarnecida de montañas, como las gigantescas almenas de una muralla colosal, levantada por la mano misma de Dios para cobijarla y defenderla.

Todas lo teneis en la mente como un hermoso y magnífico panorama lleno de glorias y recuerdos, y todas hasta de sobra sabeis que si Fernando es el brazo de aquella inmortal empresa, el alma... ¡el alma... es Isabel!... Isabel que *quiere* con su voluntad, soberana por lo firme y por lo constante, la conquista del reino Moro para que la Cruz se alce en España señora de sus destinos; de Isabel que cita, convoca, arma, abastece, socorre, anima, esfuerza y entusiasma á todo el ejército aguerrido, tan sufrido como esforzado, pero desalentado algunas veces por las dificultades terribles de aquella larga campaña, si la mano próspera de Isabel no lo sostuviera y levantase más que con el socorro material de los pertrechos y los víveres, del oro y de los refuerzos, con la aparición luminosa de su santa personalidad que inunda el campamento de luz, de júbilo y de esperanza, esforzándole con su majestad, confortán-

dole con su maternal Providencia y entusiasmandole con el ascendiente fascinador de su prestigio y hermosura.

Un solo cuadro sorprendido á la pluma de un historiador puesto en el marco de oro cincelado de un crítico, os dirá, mejor que puedo decirlo yo, los efectos de esta presencia en el ejército de héroes que peleaba en Andalucía.

Eran los días del interminable sitio de Baza. El hierro, las inclemencias del cielo, el tiempo y las enfermedades, habían diezmando el ejército español, arrebatándole más de 20.000 campeones. Todo parecía aconsejar el levantamiento del cerco, y los más esforzados capitanes y el mismo rey don Fernando empezaban á desmayar. Pero nada se decide sin Isabel, y esta magnánima reina, que empeñando hasta sus alhajas, había avituallado el campo, abriendo á punta de pico siete leguas de camino para el abastecimiento de las tropas, se apresuró á ir en persona á la hueste para alentarla con su presencia y hacerles ver sin decirselo, cómo una flaca mujer podía arrostrar y hasta vencer con su ánimo las contrariedades y peligros de situación tan angustiosa.

“¡Día memorable aquél, exclama á esta sazón Clemencín, en que á vista

de los muros de Baza, puestas las tropas sobre las armas, tendidos al viento los pendones tantas veces victoriosos, la Reina á caballo, servida del Rey, su marido, y acompañada de su hija doña Isabel, dió gallarda muestra de sí á los ojos y más todavía á los corazones castellanos; y atravesando entre alegres vivas las filas y escuadrones al sonido marcial y alborozado de las trompetas y atabales, iba recogiendo en las demostraciones, ademanes y lágrimas de ternura de sus vasallos, mazolados con las suyas propias, el delicioso néctar que sólo es dado probar á la virtud y al mérito sublime! ¡Allí viste, oh Princesa augusta, allí viste reunidos en corto espacio los instrumentos de tu gloria; allí estaban los varones esforzados que honraron el nombre español, y lo cubrieron de lauros inmortales; allí estaban los vencedores de Toro, de la Albuhera y de Málaga; allí estaban, el rayo de la guerra, Marqués de Cádiz, terror de Granada y caudillo principal de su conquista; el que defendió á Alhama con murallas de pintados lienzos: el que venció la de Lucena, haciendo prisionero al Rey moro; el otro que finalizó gloriosamente en Sierrabermeja una vida que fué un tejido de proezas ilustres; el Alcaide de las Hazañas, á quien dió este apellido lo singular

y casi increíble de las suyas, en una nación y en un tiempo de héroes; el señor Alarcón, que en sus tiernos años aprendió á ser lo que mostró después en Italia; el que añadió la corona de Navarra á la de Castilla; el vencedor de las jornadas de Ceriñola y del Garellano, el que arrebató á todos los generaies antiguos y modernos el título de Gran Capitán. Todos te saludaron aquel día; todos se dieron la enhorabuena de vivir bajo tu imperio, y todos juraron ilustrar la memoria de tu reinado con sus acciones y virtudes.

”Los guerreros de Baza, testigos del triunfo de Isabel, llegan á conocer el desaliento. Entrégase la ciudad, y su caída arrastra la de las fortalezas y castillos de las comarcas. Almuñécar, Purchena, Salobreña, las Alpujarras imitan su ejemplo. Guadix y Almería, no pudiendo resistir al impulso general, abren sus puertas; y la Reina, atravesando en lo más crudo del invierno las altas y nevadas sierras del reino de Granada, recibe el homenaje de ambas ciudades, toma posesión de los nuevos dominios con que su esfuerzo engrandece los de sus antepasados.”

El recibimiento que se le hizo fué semejante, dice el historiador, al que solía hacérsele en los otros reales, y

como en el que más se extiende en detalles es en el que tuvo lugar en Illora, á él nos atendremos para darnos cuenta del efecto de que tratamos.

“Traian consigo—dice el cura de los Palacios—, dejando la gente que la fué á recibir (y que eran el Marqués Duque de Cádiz é el Adelantado de Andalucía con gran golpe de caballería), hasta cuarenta cabalgaduras en que había hasta diez mujeres. El reclamiento que le fué hecho fué muy singular, en que salieron al canino: el primero, el Duque del Infantado que había venido desta vez á la guerra en persona muy poderoso y muy pomposo, é el pendón de Sevilla y sus gentes, é el Prior de San Juan, hasta una legua y media del Real; púsose una latalla á la mano izquierda del camino por donde ella venia, todos bien aderezados y como para pelear; y como la Reyna llegó, hizo reverencia al pendón de Sevilla y mandolo pasar á la mano derecha, é como la recibieron, salió toda la gente delante con mucha alegría corriendo á todo correr; de que su Alteza ovo muy gran placer, é luego vinieron todas las batallas é las banderas del Real á la facer recibimiento, é todas las banderas se abajaban quando la Reyna pasaba; é llegó

el Rey con muchos grandes de Castilla á la recibir, é antes que se abrazasen se hicieron cada uno tres reverencias en que la Reyna se destocó, y quedó en una cofia el rostro descubierto; y llegó el Rey, y besóla en el rostro; y luego el Rey se fué á la Infanta, su hija, y abrazóla y besóla la boca, y santiguóla. Venía la Reyna en una mula castaña, en una silla ancha guarnecida de plata dorada; traía un paño carmesí de pelo, y las falsas riendas y cabezadas de la mu'a eran rasas, lbradas de seda, de letras de oro entretalladas, y las orladuras bordadas de oro; y traía un brial de terciopelo, y debajo unas faldetas de brocado y un capuz de grana; vestido guarnecido morisco, é un sombrero negro guarnecido de brocado al derredor de la copa y ruedo. Y la Infanta venía en otra mula castaña, guarnecida de plata blanca y por orladura bordados de oro, é ella vestido un brial de brocado negro, y un capuz negro guarnecido de la guarnición del de la Reyna.

”El Rey tenía vestido un jubon de demesin, de pelo, é un quisote de seda rasa amarillo y encima un sayo de brocado, y unas corzas de brocado, vestidas, é una espada morisca ceñida muy rica, é una toca, é un sombrero,

y en cuerpo en un caballo castaño muy jaezado.

”E los atavios de los grandes que allí estaban, eran muy maravillosos é muy ricos é de diversas maneras, ansi de guerra como de fiesta, que sería muy luengo de escribir. Allegó el Conde de Inglaterra luego en pos del Rey á hacer recibimiento á la Reyna y á la Infanta, muy pomposo en estraña manera, á la postre de todos, armado en blanco á la guisa, encima de un caballo castaño con los paramentos fasta el suelo de seda azul, y las orladuras tan anchas como una mano de seda rasa blanca, y todos los paramentos estrellados de oro enforrados en ceptí morado; y él traía sobre las armas una ropeta francesa de brocado negro raso, un sombrero blanco francés con un plumaje, é traía en su brazo izquierdo un broquete redondo é varas de oro, é una cimera muy pomposa, fecha de tan nueva manera, que á todos parecía bien; é traía consigo cinco caballos encobertados con sus pajes encima, todos vestidos de seda y brocado; y venian con él ciertos gentileshombres de los suyos muy ataviados, é ansi llegó á facer reverencia y recibimiento á la Reina y á la Infanta, é despues fizo reverencia al Rey, y anduvo un rato festejando ante todos encima de su caballo, é saltando á un

cabo é á otro muy concertadamente, mirándolo todos los grandes é toda la gente, é á todos pareció bien de esto; sus Altezas ovieron mucho placer, é ansi vinieron fasta las tiendas reales, donde los señores Reyes é su fija fueron bien aposentados, é las damas y señoras que las acompañaban en este viaje.”

Los cercados de Baza “fueron mucho maravillados con su venida en invierno, y se asómáron á todas las torres y alturas de la ciudad, ellos y ellas, á ver la gente del recibimiento y oír las músicas de tantas bastardas, clarines y trompetas italianas, é chirimias é sacabuches, é dulzainas é atabales, que parecía que el sonido llegaba del cielo”, y desmoralizados con aquel espectáculo de alegría, de ardimiento, de constancia y de fe, se dieron á partido, como os he dicho, y entregaron la inexpugnable ciudad y toda la tierra del Rey Moro, que era Muley Baudili Alzagal, con lo que se dió ya por perdida Granada que no tardó en realizar el sueño dorado de Isabel, poniendo punto final á la generosa Epopeya de nuestra gloriosa Reconquista.

¡Ahora sí que nada falta ya por hacer, por alcanzar y conseguir para el esplendor y grandeza de la Patria y de la Monarquía! ¡Mentimos, que aún falta más! Falta la empresa sublime

de completar el Planeta, de sacar un Mundo desconocido de los abismos del mar, de erigir en su virgen suelo la cruz, bautizándolo con la Fe, de llevarle nuestra civilización, de nutrirlo con nuestra sangre, de hacer de él como una nueva Cristiandad radiante de juventud, de porvenir y de belleza! ¡Eso fué lo que se propuso Isabel, y eso fué lo que consiguió mientras ella llevó el timón con su mano de nuestra política colonial, tan cristiana como prudente, y mientras se continuaron siguiendo sus sabios y paternales consejos! ¡Así se dilató la extensión de nuestros reconquistados dominios, así se coronó la grandeza de nuestro inmenso poder! ¡Y todo por la adivinación, por la fe de su alma y de su corazón en el éxito de una empresa que se consideraba imposible, sin más garantía en su abono que las promesas de un extranjero, de un loco, de un aventurero soñador, menospreciado por iluso de todos, menos del genio gigante, del ánimo emprendedor y del aliento invencible de la magnánima Isabel.

Mujer que tales cosas había llevado á cabo, sólo le faltaba morir para dar con su muerte ejemplo de cómo se debía de coronar una vida como la suya.

E Isabel la Católica se murió, y su *Testamento* quedó como ideal y mo-

delo y como testimonio inmortal del espíritu de la Constitución tradicional de nuestra Patria Monarquía, y como enseñanza y consejo y brújula de orientación de nuestro porvenir en la Historia, sellando con Sello Real la personalidad generosa de nuestra noble Nación en la aurora de sus destinos.

IV

La figura de Santa Teresa no tiene nada de fantástico y vaporoso tampoco. Es una figura real, sólida, concreta y determinada. Una figura viva de verdad. Una castellana de carne y sangre, que nunca pierde su peculiar modo de ser, ni en las prosaicas ocupaciones de su convento, ni en las sublimes visiones y arrebatados éxtasis de su celda. Herida y atravesada por el dardo de fuego del divino amor, perdida en el insondable piélago de las contemplaciones divinas, negociando el arrinconado solar ó el derruido edificio para albergue de sus hermanas, siempre es Santa Teresa de Jesús la inspirada escritora de las *Moradas*, la alegre repiqueteadora del pandero, el tamboril y las castañuelas.

Un elocuente escritor francés escribió, no ha mucho tiempo, que “en esta asombrosa criatura, formada por

las virtudes de la Iglesia, hasta el punto de que sin la Iglesia no habría sido formada, se encuentra personificada la España con su temperamento natural y con sus rasgos distintivos, llegados á la belleza perfecta". "Hay árboles—dice—que, según los sabios, tardan cien años en dar su flor. En el árbol de la vieja España, cuyas raíces seculares se sumergen en una tierra amasada con los quebrantados huesos de los mártires, de los confesores y de los santos, con el polvo de los héroes, con las cenizas de ciudades abrasadas en holocausto voluntario por su fe y por sus libertades, Santa Teresa apareció como la flor en que se habían reconcentrado toda la savia, todos los perfumes, todos los rocíos de lágrimas y de sangre, que constituyen el esplendor de una raza".

Y este escritor tiene razón. Santa Teresa es una santa tan española por el carácter, por el temperamento, por la personalidad como por la lengua, y aquellos caracteres que los observadores concienzudos han señalado en los pensadores y en los artistas de nuestra Patria, consistentes en un grave y austero realismo armonizado con la mayor sublimación ideal en medio de una naturalidad honrada, apacible y sincera, se descubre en Santa Teresa de Jesús en todo el

curso de su vida y en todas las páginas de sus obras.

“Su natural—dicen sus historiadores—era ya desde su primera edad generoso y no soberbio, amoroso y no pegajoso, apacible, agradecido y agradable á todos, lleno de una discreción tan admirable, que atraía y cautivaba cuantos corazones trataba, de suerte que nadie la conversaba que no se aficionase y se perdiese por ella; y que, niña, seglar y monja, reformada y antes de reformar, fué con cuantos la veían *como la piedra imán con el hierro*, porque el aseo y buen parecer de la persona, y discreción de su habla, y la suavidad de su condición, la hermo­seaban de manera que el profano y el santo, el discreto y el reformado, los de más y de menos edad, sin salir ella nada de lo que debía á sí misma, quedaban como presos, cautivos de su trato.

”Aplicando el padre Gracián á Santa Teresa el nombre de la hija de Salfat: *Thersa*, que quiere decir *hermosa*, según Platón, escribe: “Nuestra Beata Teresa, no fué en su tiempo fea de rostro; que aunque algunos retratos suyos que andan por ahí, no muestran mucha hermosura, es porque se retrató siendo ya de sesenta años, y yo por mortificarla, siendo su Prelado, mandé que la retratase

un fraile lego llamado Fray Juan de la Misericordia, que en el claustro del convento de las monjas de Sevilla estuvo haciendo ciertas pinturas, y no era muy buen pintor que de otra manera no hubiera retrato suyo, ni ella ni yo consentiríamos la retratar a nadie.

Tenía hermosísima condición, y tan apacible y agradable, que á todos los que la comunicaban y trataban con ella, llevaba tras sí y la amaban y querían, aborreciendo ella las condiciones ásperas y desagradables, que suelen tener algunos santos crudos, con que se hacen á sí mismos y á la perfección aborrecibles.”

El incomparable maestro fray Luis de León, en su carta á las madres Priora Ana de Jesús y religiosas Carmelitas Descalzas, exclama: “Yo no conocí, ni vi, á la madre Teresa de Jesús mientras estubo en la tierra; más agora que vive en el Cielo, la conozco y veo casi siempre en dos imágenes vivas que nos dejó de sí, que son sus hijas y sus libros, que á mi juicio, son también testigos fieles y mayores de toda excepción de su grande virtud. Porque las figuras de su rostro, si las viera, mostráranme su cuerpo; y sus palabras, si las oyera, me declararían algo de la virtud de su alma; y lo primero era común y lo segundo sujeto á engaño, de que ca-

recen estas dos cosas en que la veo ahora. Que como el sabio dice, el hombre en sus hijos se conoce. Porque los frutos que cada uno deja la sí cuando falta, esos son el verdadero testigo de su vida; y por tal le tiene Cristo cuando en el Evangelio, para diferenciar al malo del bueno, nos remite solamente á sus frutos; de sus frutos, dice, le conoceréis. A mí que la virtud y santidad de la Madre Teresa que viéndola á ella me pudiera ser dudosa y incierta, esa misma ahora no viéndola, y viendo sus libros, y las obras de sus manos que son sus hijas, tengo por cierta y muy clara. Porque por la virtud que en todas resplandece, se conoce sin engaño la mucha gracia que puso Dios en la que hizo para Madre de este nuevo milagro, que por tal debe ser tenido, lo que en ellas Dios ahora hace, y por ellas. Que si es milagro lo que aviene fuera de lo que por orden natural acontece, hay en este hecho tantas cosas extraordinarias y nuevas, que llamarle milagro es poco, porque es un ayuntamiento de muchos milagros. Que un milagro es que una mujer, y sola haya reducido á perfección una orden en mujeres y en hombres. Y otro, la grande perfección á que los redujo; y otro, y tercero, el grandísimo crecimiento á que ha venido en tan

pocos años de tan pequeños principios, que cada una de por sí son cosas muy dignas de considerar. Porque no siendo de las mujeres enseñar, sino el ser enseñadas como lo escribe San Pablo, luego se ve que es maravilla nueva una flaca mujer tan animosa que emprendiese una cosa tan grande, y tan sabia y eficaz, que saliese con ella, y robase los corazones que trataba para hacerlos de Dios, y llevase las gentes en pos de sí á todo lo que aborrece el sentido. En que á lo que yo puedo juzgar, quiso Dios en este tiempo, cuando parece triunfa el demonio en la muchedumbre de los infieles que le siguen y en la porfía de tantos pueblos herejes, que hacen sus partes, y en los muchos vicios de los fieles que son de su bando, para envilecerle y para hacer burla de él, ponerle delante, no un hombre valiente rodeado de letras, sino una pobre mujer que le desafiase y levantase bandera contra él, y hiciese públicamente gente que le venza y huelle y acocee... Porque la vida en que vuestras reverencias viven y la perfección en que las puso su madre, ¿qué es sino un retrato de la santidad de la Iglesia primera?... y lo que leído admira y apenas la carne lo cree, agora lo ve hecho en vuestra reverencia y en sus compañeras. Que desasidas de todo lo que no es Dios

y ofrecidas en solos los brazos de su esposo divino, y abrazadas con El con ánimos de varones fuertes en miembros de mujeres tiernas y flacas, ponen en ejecución la má salta y más generosa filosofía que jamás los hombres imaginaron; y llegan con las obras adonde en razón de perfecta vida y heroica virtud, apenas llegaron con la imaginación los ingenios.....

.....
y como en espejos puros resplandece en todas su rostro que es el de la madre santa que se traspasa en las hijas
.....

.....
Y no es menos clara ni menos milagrosa la segunda que dice que son las escrituras y libros; en los cuales, sin ninguna duda, quiso el Espíritu Santo que la Madre Teresa fuese un ejemplo rarísimo, porque en la alteza de las cosas que trata y en la delicadeza y claridad con que las trata excede á muchos ingenios; y en la forma de decir, y en la pureza y facilidad del estilo, y en la gracia y buena compostura de las palabras y en una elegancia desafeitada, que deleita en extremo, dudo yo que haya en nuestra lengua escritura que con ellos se iguale.

”Y así, siempre que los leo me admiro de nuevo, y en muchas partes de

ellos me parece que no es ingenio de hombre el que oigo: y no dudo sino que habla el Espíritu Santo en ella en muchos lugares y que le regía la pluma y la mano, que así lo manifiesta la luz que pone en las cosas oscuras y el fuego que enciende con sus palabras en el corazón del que las lee...: porque no solamente con todas, más con cada una de sus palabras pegan al alma fuego del cielo que la abrasa y deshace... y... déjanla tan ansiosa del bien, que vuela luego á él con el deseo que hierve, que el ardor grande que en aquel santo pecho vivía salió como pegado en sus palabras, de manera que lebanan llama por donde quiera que pasan... Así que, tornando al principio, si no la ví mientras estuvo en la tierra ahora la veo en sus libros y en sus hijas. O, por decirlo mejor, en vuestras reverencias solas la veo agora, que son sus hijas de las más parecidas á sus costumbres, y son retrato vivo de sus escrituras y libros... he trabajado... en reducirlos á su propia pureza en la misma manera que los dejó escritos de su mano la Madre, sin mudarlos ni en palabras ni en cosas de que se habían apartado mucho los trasladados que andaban, ó por descuido de los escribientes, ó por atrevimiento y error. Que hace: mudanza en las cosas que escribió un

pecho, en quien Dios vivía y que se presume que Dios le movía á escribirlas, fué atrevimiento grandísimo, y error muy feo querer enmendar las palabras; porque si entendieran bien el castellano, vieran que el de la Madre es la misma elegancia.”

El corto espacio de tiempo que para tan larga labor dispongo, me obliga, bien contra mi voluntad y mi gusto, á cesar en el agradable trabajo de ir entresacando testimonios de los más graves autores sobre cuál fué el modo de ser peculiar de Santa Teresa en sus acciones, en su naturaleza y sus libros.

Su vida todos la conoceis, todas recordais los alientos con que, persuadiendo á su hermanjito Rodrigo de las ventajas del martirio, abandonaron muy serenos el calor del paterno hogar para ir á tierra de moros á dar la vida por Cristo. Todas habreis podido admirar en la Casa de Santa Teresa de Avila el reducido jardín donde labraban sus ermitas aquellos precoces ermitaños; todas sabeis de memoria aquella funesta afición á los libros de Caballería, aquella coquetería inocente que le llevó en su juventud á cuidar con esmero sus manos y á perfumar sus galas y sus cabellos; todas habreis meditado sobre los extraordinarios caminos por

donde quiso llevarla Dios al amoroso reclamo de sus gemidos y favores; todas teneis bien presente la propia narración de su *Vida*, dictada por la obediencia y que es el itinerario del cielo; la relación de sus *Fundaciones*, que es la historia de sus trabajos; el libro de las *Constituciones*, que es el tesoro de sus deseos; el libro de las *Relaciones*, que es la confesión de sus glorias; el *Castillo interior ó las Moradas*, que es como la gran revelación de los secretos del cielo, hecha por mano de la Santa, y todas sus demás escrituras, tanto preceptivas como históricas, y, sobre todo, sus *Cartas*, en que aún se la ve cual era, desde la cabeza á los pies, como en un espejo clarísimo ó en una serie de instantáneas.

Y todas también recordais sus místicas *Poesías*, sencillas como cantares populares y como alegres villancicos, llenas de unción y de sentimiento, como suspiros del amor en que se anegaba su alma.

¡ Grande es el mérito de sus obras! En ellas aprende el teólogo extremos de la Divinidad, á que no alcanza la ciencia; en ellas estudia el filósofo profundidades del alma á que no llega la observación de la más perspicaz psicología; en ellas estudia el místico hondos misterios del amor, despojados

de la oscuridad de una metafísica nebulosa que aclara y penetra el sol meridional de su mirada castellana; en ellas goza y saborea el literato las naturales bellezas del habla castiza y nacional, brotada como un surtidor de las entrañas mismas del pueblo, sin que menoscaben ni alteren su límpido y cristalino raudal, ni las flores artificiales de la retórica, ni las turbias aguas de la erudición pretenciosa é inoportuna, ni las brumas del conceptismo alambicado y pedante, dejando tranquilo ver á través de su diáfana transparencia las doradas arenas de su lecho propio y natural y reflejando en su tersa serenidad la luz purísima de los cielos.

¡Quién no se deleita al recuerdo de la naturalidad de sus expresiones, de la llaneza de sus vocablos, de la espontaneidad de sus giros, de la elocuencia familiar con que mete por el alma las cosas!

¡Quién ha podido olvidar, para no citar más que uno, aquel retrato á lo Velázquez, hecho con cuatro rasgos no más, del insigne y maravilloso varón fray Pedro de Alcántara, gran protector de sus designios, y á quien la Santa describe con esta sola pincelada, “que no parecía sino hecho de raíces de árboles”, con que como que se aparece y se ve de cuerpo en-

tero, en persona, á aquel dechado de penitencia que, según aseguró á Santa Teresa más tarde, tanta gloria hubo de merecerle en el cielo!

¡Pues del arte de sensibilizar los más abstractos conceptos y dar vida con la expresión á las más altas contemplaciones!

¡Quién no recuerda aquella genial descripción del alma en gracia, transparente y luminosa como el cristal de un espejo en que se mira y refleja la divina visión de Dios, enturbiado y oscurecido por el pecado mortal y roto en pedazos mil por la pérdida de la fe! ¡Quién no se siente arrancar de cuajo y de raíz el alma al sentir el vivo dardo de amor con una llama en el hierro con que le pasa y traspasa una y otra vez el corazón el querubín inflamado, mensajero alado y celestial del esposo amante y rendido! ¡Quién no escucha atónito el aleteo espiritual de la nacarada paloma que se cierne sobre su cabeza virginal como arrullándola con sus gemidos y coronándola con su luz! ¡Quién no se abisma de estupor ante el alcázar de diamante en cuya morada central vive presente como el sol de toda limpieza y claridad que ilumina y enciende en vívida lumbre de luz fulgente y esplendor todos los aposentos del castillo! ¡Quién no se aterra de pavor viendo

á las sabandijas y bestias cercar la ronda del castillo para entrar en él y aposentarse en las moradas más bajas, para impedir al alma su ascensión hacia las moradas más altas, mordiéndola con sus rabiosos colmillos para estorbarle tanto bien!

¡Quién no se estremece de espanto ante la súbita y negra oscuridad que invade todo el alcázar, tornándole negro como la pez y como el tizne del carbón, con la presencia del pecado que apaga toda la luz que derramaba el Creador transparentándole con su gracia!

Y, finalmente, para poner un límite á tanto ejemplo como se agolpa á mi memoria, ¡cómo será posible borrar de la mente del que lo haya leído aquel símbolo y representación del modo de estar en Dios presentes todas las cosas, significado en aquel purísimo y luminoso diamante en cuya diafanidad y transparencia se representan como son todos los seres creados con sus movimientos y acciones, por donde alcanzó bien la Santa el hondo horror al Pecado que imprime en el ser mismo de Dios la viva representación de las acciones más torpes y de los crímenes más feos!

Sería cuento de nunca acabar ir señalando grandezas, tanto literarias como morales y de pura luz intelectual

por el curso de sus escritos. Por algo la opinión nacional, que cuando es unánime acierta, la considera y aclama como *Doctora* en la ciencia mística sin igual que profesaron los santos místicos españoles, y cuyo vuelo atrevido por las inmensidades del cielo si parece de águila caudal en las pujantes alas de San Juan de la Cruz, parece como de paloma ó como de tórtola sencilla en las delicadas y blancas con que Santa Teresa de Jesús revolotea, con tanta gracia como amor, en torno del cordero de Dios apacentado en las colinas eternas.

Y bien hubo menester de todos estos regalos que en forma ya de naturales aptitudes, ya de favores extraordinarios, hubo de hacerla el Señor, porque la ruda batalla de su vida ya con las imperfecciones ingeridas en todo espíritu por el reato de la culpa, ya con las tentaciones comunes á toda alma sobre la tierra, ya con la espantosa *contradicción de buenos* que le agobió tantos años, ya con los golpes y las asechanzas del demonio, ya en los largos y penosos trabajos de sus numerosas *fundaciones*, ya por los acerbos dolores de su continua enfermedad, ya con los infinitos quehaceres de su vida tan laboriosa, era una de aquellas batallas formidables que sólo logran acabar con la victoria en el

cielo y que parecen vistas después, como epopeyas increíbles por la inverosímil resistencia del héroe más legendario.

Todos sabemos cuál era el estado de la religión, de la Iglesia y de la cristiandad, cuando Dios nos suscitó á Santa Teresa. Balmes, al enumerar las causas ocasionales del protestantismo, y Menéndez y Pelayo al señalar los orígenes de la reforma, han vulgarizado el cuadro tristísimo por demás de las consecuencias sociales; del menoscabo de la autoridad pontificia desde los tiempos de Bonifacio VIII; de la traslación de la Santa Sede á Aviñón; del largo *cautiverio de Babilonia*; del cisma de Occidente; de las últimas sesiones de los Concilios de Basilea y de Constanza; de los errores y herejías de Huss y de Wicleff; y demás precursores anticipados de Lutero. La tiranía de los príncipes seculares, enemigos del Poder espiritual y de los bienes temporales del Pontificado y de la Iglesia; la simonía y las encomiendas de los beneficios religiosos; la relajación de las Ordenes monásticas, producida principalmente por las consecuencias de la *Claustra*; los excesos y los extravíos del *Renacimiento* científico, artístico y literario, iniciado por la venida de los sabios de Constantinopla, arroja-

dos á nuestras costas por la conquista de los turcos; el florecimiento de las *Ciencias Ocultas* y de la magia; la corrupción universal de las costumbres, hasta en el solio mismo de la iglesia; la erudición mal digerida de Erasmo; la desenfrenada lascivia de los reyes de Inglaterra y de los grandes señores de Alemania, y la codicia de la soberanía espiritual y de los bienes de la Iglesia, unida al momento, históricamente crítico por demás, en que estalló la mal llamada *Reforma*, que no fué más que la consagración y el aumento escandaloso de casi todos estos males, produjo una decadencia social de las virtudes religiosas, una ruptura de la tierra con el cielo, una sequedad de las fuentes purísimas de la gracia que ni las victorias de Carlos V, ni el saber de los teólogos españoles, ni la verdadera reforma llevada á cabo por la religión y por la Iglesia en el Concilio de Trento, ni la poderosa mano de Isabel y la omnipotente diestra de Felipe II, ni la acción expedita resuelta, y como militar del gran Ignacio de Loyola y su hueste, parece que hubieran podido restaurarlas del todo, sin aquella sublime cuanto incontrastable violencia que hicieron á las cerradas puertas de la misericordia de Dios, más aún que las santas tristezas de San Luis Beltrán y que los cilicios de hoja

de lata de San Pedro Alcántara y las sublimes locuras de la caridad de San Juan de Dios, el sacrificio incruento, pero total, *absoluto* y definitivo de la más suprema abnegación en las aras santas del amor, llevado á cabo sobre las cumbres celestes de la *contemplación* por la inspirada Virgen del Carmelo.

Ese era, en toda su altísima depuración, el verdadero remedio, el que ataca en sus propias fuentes al mal y saca de su propio origen al bien. Las virtudes, las penitencias, la acción organizada de los heroísmos sublimes que forman las religiones monásticas, hasta la misma Santidad, todos son efecto y no causa, por lo menos originaria y primera, de la eficacia de la oración que tiene su manantial en el *amor de los amores* que brota en aquella divina unión entre el Alma y su Creador, llevada á cabo con perfección é intimidad y estrechez no superada jamás por Santa Teresa de Jesús en el abrazo místico, espiritual y celeste con su amado y amante esposo, primero, y en aquel alto y profundo é inefable matrimonio espiritual que se consuma por fin en el centro de la *Morada interior*, en lo más secreto del alma.

Ese amor la hizo suspirar por la Cruz por el martirio y por la soledad.

en su infancia, le llevó desde la casa paterna al monasterio de Gracia, y desde el *monasterio de Gracia* al de la *Encarnación*, teatro de sus más regalados favores, y desde la *Encarnación* á *San José*, que fué el tálamo espiritual de aquella unión sobrenatural entre los cielos y la tierra.

Ese amor la llevó peregrinando como *femina inquieta y andariega de fundación en fundación*, á través de los páramos de Castilla, en aquel humilde *carro* improvisado en *convento*, y que llevaba entre sus mal concertadas tablas el Angel de la contemplación y del Amor, velando sobre los destinos de la religión, de la humanidad y de la patria, desde Avila á Medina del Campo, desde Medina del Campo á Malagón desde Malagón á Valladolid, desde Valladolid á Toledo, desde Toledo á Pastrana, desde Pastrana á Salamanca, desde Salamanca á Alba de Tormes, desde Alba de Tormes á Segovia, desde Segovia á Veas, desde Veas á Sevilla, desde Sevilla á Villanueva de la Jara, desde la Jara á Palencia, desde Palencia á Soria, desde Soria á Granada, desde Granada á Burgos y desde Burgos á Alba donde puso término á la siembra de manantiales divins para ir á recoger en el cielo los frutos de bendición de todas las fundaciones, que,

hijas legítimas de las suyas, habían de florecer en toda la cristiandad como verdaderos pensiles de flores de imperecedera fragancia que hicieran agradable á Dios la haz de toda la tierra.

Y fué por virtud de ese amor por el que escogió como *Empresa* aquel sublime “ó padecer ó morir” que da la esencia y la sustancia, y el fundamento y la prueba, el medio y la confirmación de los acendrados quilates del mismo amor que la dicta como *Cifra* de su existencia y como *Divisa* de su blasón, y la que le hizo pronunciar en aquel sencillo cuanto sublime cantar en medio de los ímpetus y exaltaciones de su espíritu abrasado por los incendios divinos:

Vivo sin vivir en mí
y tan alta vida espero,
que muero porque no muero.

Versos en cuyos tan, al parecer, sencillos renglones se encierra en toda su íntegra totalidad, como no logró superarlo poeta alguno del mundo, la muerte de esta vida mortal, la vida de la que empieza con la muerte, y las ansias y los ímpetus y las agonías del corazón, preso entre los duros hierros de la ausencia, y desgarrado por el ardiente y violento afán de arrojarse, enajenada de amor, entre los brazos

amantes del divino Dueño de su alma.

El Omnipotente poder de ese amor tan soberanamente ideal, y tan excelentemente divino, bien lo conoce la ciencia satánica é infernal de aquél arcángel caído que definió Santa Teresa con divina definición: *Aquel desgraciado que no puede amar.*

Por eso, porque lo sabe, se esfuerza en impedir la fundación de todo insignificante convento, en pedir su *secularización*, en proscribir con los pretextos más ridículos la oración de cuatro pobres mujeres, y en extender y propagar por entre el vulgo de las gentes, aun conocidamente cristianas, la idea de que la Hermana de la Caridad, la Hermanita de los pobres, las madres de la enseñanza sirven en la escuela y el Hospital, pero que las monjas contemplativas son de utilidad más escasa, olvidando esos *utilitarios* groseros, que no hay después de todo una mayor utilidad en el orbe, que la que atrae el rocío celestial de la Misericordia divina sobre los pecados del mundo, desarmando la cólera de Dios, y sobre las acciones santas del justo para que sean eficaces. El misionero, perdido en los peligros de su apartada misión; el predicador en el púlpito de una ciudad corrompida; el soldado y el capitán en los horrores de la batalla con los enemigos de la fe; todos los

héroes, en fin, de la gloria sobre la tierra, no lo serían quizás, y lo son tal vez solamente, porque en una mezquina celda eleva una flaca mujer una oración de su pecho enamorado y herido á la Misericordia de Dios, que estimando, más un suspiro exhalado por el amor que todos los éxitos del mundo, derrama en la contemplación los inexhaustos tesoros de su gracia que la sacerdotisa del amor esparce al punto en sus lágrimas como una lluvia celestial, sobre los que pelean en los estadios y en las arenas del mundo el *buen combate* del Señor.

Sólo así se explica el entendimiento, aquella terrible alarma que en pleno siglo XVI, y en medio de una ciudad como Avila, llena de conventos y santos, se produjo, con explosión verdaderamente ridícula, si no fuera por lo infernal, cuando una débil y desvalida y pobre é ignorante mujer, como era á los ojos de todos la hermana Teresa de Jesús, emprendió la pobre y triste, y hasta mezquina fundación del convento de San José. No parecía sino, por la común y grave alteración y fuego de todos los avileses, que estaban cercados de enemigos sin esperanzas de remedio; y todo se mandó deshacer, y todo se hubiera deshecho á no ser por la mano de Dios que sostuvo

á Santa Teresa, que lo violentaba á suspiros.

Tal fué la persecución que se levantó contra Santa Teresa por un pobre convento nada más, sin que repararan los alterados cuantas casas de vicio y de perdición se abrían en la ciudad sin alarma de esos improvisados y á veces inverosímiles cuanto escrupulosos celadores de la piedad y del culto, que á semejanza de las liebres suelen saltar, cuando menos se piensa, en el campo de los intereses espirituales.

Y es que esa es la *maniobra de Satanás* propiamente. Por eso á Santa Teresa de Jesús se la ofreció como medio de que cesase la guerra, que *el convento se fundase con renta*. A ese precio se la ofreció la transacción.

Pero Santa Teresa, desde la tierra, asesorada por San Pedro Alcántara desde el cielo, rechazaron esa *composición*, que, con su insignificancia aparente, no tiraba sino á cortar el cable de las Misericordias divinas; cable tenue y delgado, al parecer; pero por donde la santa y divina electricidad de la gracia comunicó y transmitió su fluído salvador al mundo, poblándole de aquella numerosa y formidable legión de santas y de invencibles mujeres que salvaron á la cristiandad de los

furores del *Odio* con la sola fuerza del *Amor*.

No hay tiempo para evocar el pintoresco relato de sus humildes *fundaciones*. El ánimo se abisma allí, entre aquellos clásicos paisajes de nuestra tierra castellana, entre los vivientes retratos de tanto tipo español, en la consideración misteriosa de tanto y tan alto poder escondido entre las paredes ruinosas y las tablas viejas de sus conventos.

El filósofo que se ciega al considerar el esplendor del Ser único por esencia, del Ser en toda su totalidad y sus transcendentales propiedades; el teólogo que se asombra al contemplar los inefables misterios de la santa y gloriosísima Trinidad; el escriturario que se estremece al leer la omnipotencia y grandeza del Dios terrible de Israel; el historiador que se aterra al ver pasearse implacable la santa cólera de Dios por todo el ámbito de la Historia; el astrónomo que se anonada ante la inmensidad de los cielos que cantan la gloria del Señor..., se quedan atónitos, maravillados, suspensos, al presenciar, como realmente se presencia, y se asiste allí, á aquellos divinos esmeros, á aquellas al parecer menudencias con que el Santo de los santos, Señor de los cielos y de la tierra, fabrica y teje, con la mano de

su Providencia minuciosa, el *casto nido de amor* en que han de formarse las almas en cuyo centro escondido ha de aposentarse, con toda su sobrenatural majestad, Aquel que tiene toda su delicia en los hombres.

A esa luz debe considerarse la Historia de las *fundaciones* de Santa Teresa de Jesús; de su salida de la Encarnación; de su entrada en el convento de San José; de su reforma de la Orden; de su misión en el mundo; de su transcendencia social de la muerte y de la Santa, sólo en ella aparece en toda su inmensidad la grandeza total de esa monja, que fué como el Palacio Real; como el Huerto sellado y escondido; como el oculto Vergel y el delicioso Paraíso que se formó la mano santa de Dios para deleite y recreo de su amor á la humanidad, satisfecho á satisfacción en la propia esencia del alma, pura, luminosa y radiante, de aquella noble criatura, de quien quiso valerse Dios para enseñar á los hombres los escondidos tesoros que encierra en su seno el alma, la necesidad y el valor de la oración en la vida, la causa, el medio y el fin del amor con que nos ama y sus eficaces efectos en las miserias de la tierra.

Nunca es posible saber qué debe admirarse más en las obras propias de

Dios, si la grandeza colosal de los resultados ó si la aparente pequeñez de los medios. En las visiones calificadas con desprecio de *histéricas* por la impiedad de una simple monja española, ve y toca el historiador el remedio con que se salvó un mundo en la Historia, y ve el filósofo la formidable palanca social con que se puede volver de arriba á abajo mil mundos.

La *Ciencia* estúpida de la impiedad que se ríe de estos prodigios, todavía está sin poderse dar cuenta aún del por qué no se han logrado sus desig-nios de acabar con la religión, pero mientras califica de *histérica* á la hermana Santa Teresa de Jesús, el genio diabólico del mal que dicta estas carcajadas, dedica todo el ardor y toda la saña de sus *logias* á impedir que puedan vivir unidas en sus conventos sus hijas. Esta *risa* y este *furor* combinados, dicen bien, más que lo que yo os pudiera decir, al propio tiempo que la *buena fe* de los procedimientos *sectarios*, la incalculable fuerza de proyección reconcentrada en la *dinamita celeste* que *explota*, como se suele decir, en los efluvios de la oración que se remontan al cielo desde el humilde tugurio de unas tristes Carmelitas, y nos obliga á volver esperanzados los ojos, en medio de las pavorosas tormentas que nos presagia el horizonte

social, á la dulce y apacible figura de Santa Teresa de Jesús, que no se puede olvidar de las desdichas de la humanidad y de los dolores de la Patria, entre las alegrías de la gloria.

V

Así, señoras, como veis, la reina doña Isabel, la Católica y Santa Teresa de Jesús, tuvieron un natural en gran manera semejante; gozaron de un espíritu superior de grandes prendas adornado, fueron un ejemplo ideal de caridad y de fortaleza; de prudencia y de discreción; de ingenio para las letras, y se asemejaron también en la buena disposición de su cuerpo y en la hermosura de su rostro.

Pero donde resalta más la semejanza de ambas, es en lo análogo de la misión que recibieron del cielo y que llenaron ampliamente. Misión alta y providencial, tan divina como española, directamente relacionada con nuestros destinos históricos, con la suerte de la civilización y con el plan visible de Dios sobre la cristiandad y la Iglesia.

Todas, señoras, sabeis, que hay una ciencia que se llama la *Filosofía de la Historia*, ciencia sublime si las hay, pues busca leyes de unidad allí donde todo es libre y diverso. La Historia,

para esa ciencia, es hija del libre albedrío del hombre, pero Dios en su Providencia, se vale y se sirve de los efectos de esta libertad para realizar su *Plan en la Historia*. Plan que es una de las grandes maravillas de su saber, pues lo realiza mediante, no por ley de ninguna necesidad impuesta por su Poder á los hombres, sino moviendo, auxiliando, perfeccionando su libertad ó abandonándola á sí propia. Por eso llegó á formular Bossuet la ley histórica del Universo, en aquel dicho ya vulgar: "El hombre se agita, y Dios le mueve."

Por eso la Historia, que á primera vista parece un confuso y abigarrado tropel de personajes y de hechos que se agitan como al azar, ofrece, bien observada, un movimiento regular por una escondida y misteriosa ley, cuyo secreto se reserva en sus impenetrables designios la sabiduría omnipotente de Dios.

Mas cuando el hecho consumado llega á presentarse visible á los ojos del historiador en todas sus consecuencias, entonces es cuando cabe contemplar todos los antecedentes y resultados del hecho, como contempla el águila caudal, cerniéndose entre las nubes ó erguida en la cresta central de la roca más elevada, la marcha múltiple, varia, diversa, aislada y parcial.

de las aves que revolotean por el valle.

Y eso acontece ya hoy, con la Historia de España y los destinos de Europa en el gran siglo XVI, el más crítico de la Edad Moderna.

Sabeis que es ley de la verdad y del bien, y, por lo tanto, de la religión y la Iglesia, que el odio infernal del sectario, ministro de la impiedad, los persiga con saña ciega en su tránsito por el mundo, y esta ley que nos confirmó Jesucristo al anunciarnos que *seríamos odiados por su nombre*, como bien al presente vemos en los religiosos proscriptos y en los Crucifijos descolgados de los muros del Tribunal, del Hospital y de la Escuela, tiene sus horas de explosión, de predominio y de fuerza y de plenitud de poder, que se conocen en la Historia de la religión con el nombre de la *Hora del Poder de las Tinieblas*.

Entonces desata Dios al infierno, suéltase el genio del mal encadenado en el abismo, y sobreviene la abominación de la desolación sobre el templo y los que se cobijan en él.

Pero Dios, que lo prevé y lo permite, se suele preparar de antemano en los más escondidos y profundos valles de la humildad la menuda y leve piedrecilla que, remontada por su gracia á la elevada cumbre de la perfección, se desprende casi ignorada del seno

altísimo de Dios y creciendo y aumentando su grandeza, da por el pie al coloso de barro y de metal que oprime y veja á la Iglesia, y con ella á la humanidad, haciéndole venir en pedazos al suelo donde lo contempla deshecho, con pasmo y con estupor, por luengos siglos la historia.

Eso fué lo que aconteció en el siglo XVI.

Por una conjunción inevitable de circunstancias y de fuerzas; por una fatal ebullición de ideas y de pasiones; por una liquidación natural de los tiempos y de las edades, se amontonó y hacinó un monte de combustibles, á quienes sólo faltaba la mano que aplicará la chispa para que estallase el incendio abrasador, espantoso, implacable y universal.

La mano era imposible que faltase, bastaba la de un criminal cualquiera, y el averno nos deparó la del monje apóstata y envidioso que puso fuego á la sociedad con la tea de la *Protesta*, y el incendio estalló coloscal, envolviendo en sus llamas al templo, á la cristiandad y á la civilización, que hubieran perecido ya sin remedio y para siempre, si Dios, en el secreto de sus adorables designios, no se hubiera preparado un pueblo que fuese como el *Pueblo de Dios*, y cuyos santos, y cuyos héroes, cuyos sabios y cuyos

soldados, apareciéndose de repente en la arena, no hubiera levantado el dique diamantino de la verdad para atajar el incendio, apagándolo con el largorío de sangre que brotó de su corazón, y erigiendo entre las ruinas un templo á la religión, á la Iglesia, á la cristiandad y á la civilización más hermoso y más celestial que el primero.

Ese pueblo, ya lo sabeis, toda la Historia nos lo grita, ese pueblo fué el pueblo español, el pueblo de Isabel la Católica y de Teresa de Jesús.

El fatalismo, la barbarie, el despotismo y la anarquía que nos amenazaban irresistibles con Lutero y con Solimán en la Protesta y en el Turco, y de los que como suele suceder en todas las catástrofes sociales eran cómplices inconscientes las víctimas predestinadas inmediatamente al sacrificio, apoyados y secundados por la levadura del vicio de las sociedades cristianas; por la levadura pagana del renacimiento occidental; por la codicia y la lujuria de los landgraves alemanes, de los monarcas ingleses y de los reyes de Francia, y por la torpe ceguedad de algunos soberanos de Italia, y ayudados por la mayor y más universal comunicación entre los hombres y los pueblos aproximados por la brújula y por la imprenta, hubieran logrado su triunfo y con él la ruina de la civili-

zación hija legítima de la Cruz, sin la aparición en el palenque de España que lo venció y lo aniquiló socialmente en Albis, con el duque de Alba y con Carlos V; en Lepanto, con don Juan de Austria y con Felipe II; en Trento, con los teólogos españoles; en el corazón de la cristiandad, con sus santos reformadores, con sus sabios teólogos y escriturarios, con los raudales, en suma, de virtud, de ciencia y de religión que derramó con inagotable é inexhausta generosidad, el invencible genio español, salvado por los Reyes Católicos y por Cisneros y por Santa Teresa de Jesús, y por San Pedro Alcántara y por San Ignacio, más aún que por la Inquisición, del contagio de las dos barbaries unidas.

Ese fué el destino providencial de la nación española, el empeño de nuestro genio nacional, nuestra empresa glorificada en la Historia: ser el pueblo escogido y preparado por Dios para salvar la religión del Crucificado y la civilización europea en la tremenda crisis social del crítico siglo XVI en los albores de la Edad Moderna.

Y si habeis sabido leer en las páginas de la Historia que os he puesto ante vuestros ojos, bien habeis podido admirar los secretos y providenciales instrumentos de la preparación de ese pueblo para tamaña epopeya en las

dos flacas criaturas, en las dos singulares mujeres que he propuesto á vuestra contemplación: la Reina Católica que reconstituye, unifica y levanta á las mayores alturas de su fuerza el *Cuerpo* de la nación española; la monja contemplativa que moraliza, eleva y santifica su *Alma*, el alma de la nación española, en las puras regiones de la oración, de la contemplación y de la virtud que constituye la ley suprema y fundamental del progreso en la sociedad y de la grandeza en la Historia.

Justitia elevat gentes et populos miserabiles facit peccatum.

Ellas dos, idénticas por los elementos fundamentales de su caracterizada personalidad, identificadas por las ideas y sentimientos conaturales de religión, de raza y de suelo que las informaron, iluminadas por una idea fija no más, animadas por un sentimiento ardiente, constante y emprendedor, sostenidas por una voluntad firme, inquebrantable y resuelta, dividiéndose como *Marta* y como *María* el campo, para sus respectivas misiones, dedicáronse con verdadera vocación á la vida *Activa* ó *Contemplativa* que más eminentemente se requería para sus diversos trabajos, y la *Reina Católica* en el *Orden Natural* de su esfera, y la *Religiosa Carmelita* en el

Orden Sobrenatural de la suya, reformaron el *Cuerpo* y el *Alma* de la nación, creando la primera el *Estado* que había de ser el sostén de la pesadumbre de dos mundos, creando la segunda la *Orden* que había de ser la escala de luz espiritual por donde bajase á la tierra, mediante los tesoros vivos de amor, de contemplación y de sacrificio que se enviaban al cielo, el preciosísimo rocío de la eficacísima gracia de Dios que hizo de España el guerrero teólogo y militar, que recogiendo el guante de las dos barbaries á un tiempo, se hizo como el centinela de la Cruz y como el campeón de la Iglesia, contra todos sus enemigos, sosteniendo sobre sus hombros de Atlante, durante todo el siglo XVI y casi todo el XVII, el Universo moral que se bamboleaba minado, amenazando desplomarse con ruina definitiva y total.

Con la *Oración* y con la *Espada*, esto es, con la *Misericordia* y con la *Justicia*, lucharon, respectivamente, la *Religiosa* y la *Reina*, personificando la primera, las virtudes *teologales* y las *cardinales* la última, reproduciendo la *Monja* la obra salvadora de Santo Domingo de Guzmán cuando sostuvo con San Francisco al Universo y la Iglesia, próximos á desmoronarse, reanudando la *Reina* la obra restaura-

dora de Pelayo, del Cid y de San Fernando cuando avanzaron en la reconquista española, ambas la de San Vicente Ferrer cuando salvó los comprometidos destinos de la nación, en el compromiso de Caspe, los deshonorados de la Iglesia, en el fin del vergonzoso cisma de Occidente, los perdidos de la humanidad, deteniendo la ira santa de Dios en el próximo advenimiento del tremendo juicio final con la trompeta de la predicación del Angel del Apocalipsis.

La *Reina*, lo recordareis, fué la abuela de Carlos V, y bastó el hilo tenue y casi roto de la vida incompleta de la desventurada doña Juana para que la Providencia, caminando firme sobre él, sin deshacerlo ni quebrarlo, llevase hasta las sienes del Carlo Magno Español los derechos de la Corona de Aragón y las fuerzas y los tesoros de Castilla, con pasmo y asombro de aragoneses y castellanos, desesperados y desorientados á la vez con las muertes del infortunado príncipe de Viana y del malogrado príncipe don Juan, que parecían cerrar las puertas á nuestros más gloriosos destinos cuando se las abrían de par en par por la incontrastable voluntad de Aquel que es árbitro soberano en la Historia.

La *Monja*, bien lo sabeis, fué la

abuela, después de haber sido la madre, de una legión de conventos simples, sencillos y modestos, para no meter mucho ruido cuando se caigan al sonido de la trompeta final, y dentro de esos conventos, de un ejército espiritual de contemplativas Carmelitas, más heroicas que los vencedores de Mulberg, de Lepanto, de Pavía y de San Quintín, y más poderosas que Carlos V; armadas con una espada también, pero con una espada de fuego, que hiere de muerte al mal, al vicio, á la herejía y al error, y resucita las almas al solo contacto de la cruz que forma, con el pomo, su guarda: la Espada incontrastable de la Oración, que pone en manos del hombre la omnipotencia de Dios.

Por eso, esas dos hembras castellanas, que el orgullo del sexo llamado *fuerte* ha calificado de *hombres*, llamando á Isabel la Católica *el mayor rey*, y á Santa Teresa de Jesús *varón*, y *muy barbado*, por añadidura, como si Dios necesitase de *barbas* para dar muestra de su poder, y no se valiese muy á menudo de hembras para hacerlo más visible y palmario, como se vió en Virginia y en Lucrecia en la antigüedad, en Judit y en Ester y en casi todas las mujeres de la Biblia, en las grandes reinas de la Edad Media españolas y en la historia de la hu-

manidad, donde bastó una Eva para perderla y una María para salvarla, en esas dos mujeres, repito, se reconcentró como en firmísimo y apretado nudo la trama de nuestra historia nacional, aun desde antes de que don Pedro de Aragón, obedeciendo á la voz secreta de nuestros destinos, abandonara las costas de Africa, donde esperaba realizarlo, para desembarcar en Sicilia sus fieros é invencibles almogávares, y de que Gonzalo de Córdoba, terminada la reconquista de Granada, zarpase de las costas de Andalucía con las galeras españolas para realizar en Italia, no sólo la conquista del reino de Nápoles, no sólo la humillación de las armas de los franceses, vencidos en Ceriñola y en Garellano; no sólo el formidable poder de nuestra invencible Infantería, sino, sin darse cuenta tal vez de la misión providencial de nuestra escogida Patria durante ello, más de dos siglos, y cuya más inmediata iniciación hubo de encomendar la Providencia al héroe preparado por ella con el nombre que le reconoció unánime la cristiandad y que unánime le confirmó la Historia de *Il Gran Capitano*.

¡Así conduce la diestra poderosa de Dios á los hombres, haciéndoles servir á su voluntad cuando más lejos y distantes se creen de ella, y aun cuando

creen que contra ella van, solicitados por causas que les parecen distintas y que no son causas, sino medios de que se realice la voluntad soberana de Dios, á que ellos concurren sin sospecharlo!

Saludemos, pues, señoras, con entusiasmo y con amor á esas dos mujeres insignes, que, semejante la una á la *Mujer fuerte de los Proverbios*, y semejante la otra á la *enamorada Esposa de los Cantares*, renovarán en España con sus hechos y sus oraciones y sus espirituales escritos las grandezas y las glorias de Salomón, el monarca más poderoso del Mundo Bíblico, gobernando en paz, sabiduría y justicia doña Isabel y allegando las innumerables riquezas del Nuevo Mundo, violentando las gracias del cielo por la oración, para la sabiduría y la paz, y la misericordia espiritual Santa Teresa de Jesús, que para consumir la comparación, hasta puso la más elevada almena como él, en el Alcázar soberano que forma el Templo de la Cristiandad, con sus obras y sus poesías místicas, reflejo inextinguible de aquella luz que esplende tan opulenta como misteriosa á la vez, en la poesía oriental con que encubre los más altos y delicados conceptos del amor divino en las almas, el inspirado cantor del sublime *Cantar de los Cantares*.

Y saludémoslas con amor, seguros de que saludamos en ellas los *Dos Angeles tutelares* de nuestra Patria española, que, modelados por Dios sobre la arcilla castellana, sin dejar la aguja y la rueca, para empuñar el cetro temporal la una, y sin abandonar el rosario y la pluma para empuñar el cetro espiritual la otra; desde las torres de Granada la reina, desde el humilde convento de San José la religiosa, levantaron tan alto el hermoso nombre español y su gloria, que no han bastado á deshacerlos ni la barbarie de la Protesta luterana, ni las carcajadas de la Enciclopedia de los impíos hijos de Voltaire, ni las oleadas del diluvio de sangre y cieno de la Revolución, ni hasta ahora, el hozamiento de las renovadas manadas de Epicuro que se revuelcan lanzando gruñidos de furor contra todos los santos y luminosos ideales del espíritu, en las pocilgas de la materia.

Saludémoslas con efusión, convencidos de que al saludar á *Isabel la Católica* saludamos á *España hecha Reina*, y saludando á *Santa Teresa*, saludamos á *España hecha Santa*; es decir, saludamos á Dios fijando los dos hermosos ideales de las mujeres españolas.

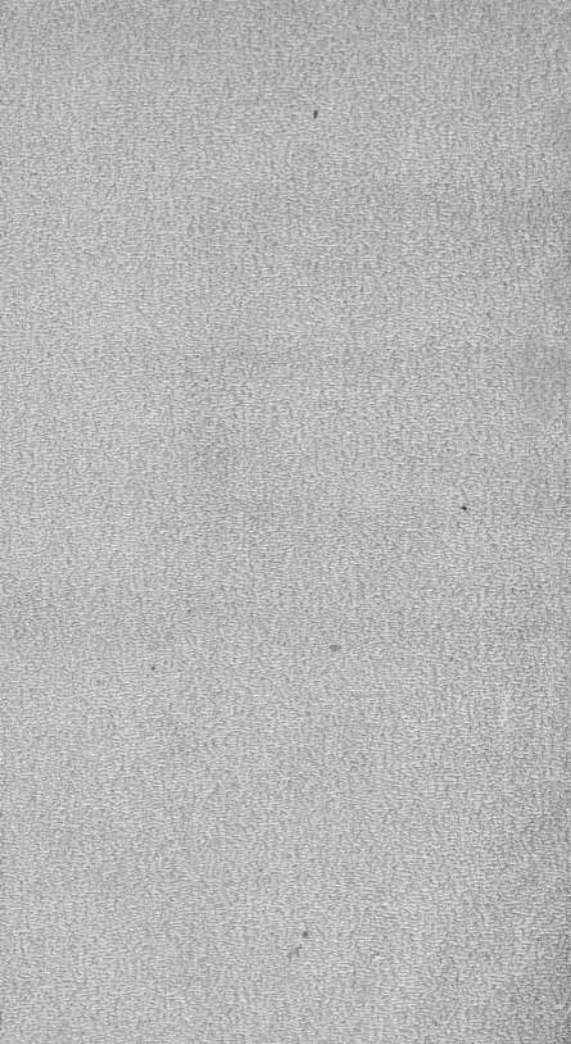
Porque no lo podeis dudar: Isabel la Católica, llevando su modesto hogar

y su honesta y austera corte en forma de campamento militar por todo el ámbito de sus reinos, y Santa Teresa de Jesús paseando por la celda, el claustro y el coro de su convento en el carro de sus fundaciones por todo el ámbito de los suyos, surcaron con el arado de su labor el árido suelo de la Patria, depositaron en los surcos, abiertos por el hierro de sus trabajos en él, las semillas de su grandeza y lo trocaron, de un erial, en el paraíso glorioso que encerró entre sus horizontes al sol para que iluminase perpetuo la más generosa nación que ha saludado la Historia en el teatro del Mundo.

No olvideis, por tanto, las que me oís, lo que pudo hacer la mujer sin salir, ni por un momento siquiera, de las exigencias de su sexo, *sin abandonar el dedal*, cuando, puesta la mente en Dios, labraron propiamente la Patria, como lo supieron hacer la reina doña Isabel la Católica y Santa Teresa de Jesús, cuando todo estaba humanamente perdido.







MARQUÉS DE SAN JUAN DE PIEDRAS ALBAS

BIBLIOGRAFÍA TERESIANA

SECCIÓN IV

Libros en los que se alude a Santa Teresa de Jesús,
citando textos relativos a sus Obras o a su Historia.

Número.....	2271	Precio de la obra.....	Ptas.
Estante.....	2962	Precio de adquisición. »	»
Tabla.....		Valoración actual.....	»

32

1904

MON

A B C

LA

ATOLINA

Y

SANTA

HERESA